

LOS DOS COMPADRES: CUENTOS BREVES DEL BARRIO

Por Justo S. Alarcón

Copyrights © Justo S. Alarcón

Alta Pimería Pro Arte y Cultura, A. C.
México, 1993

INDICE

Preámbulo
El parque San Lázaro
Los dos compadres (1)
Los dos compadres (2)
Los barrios
Las palabras malentendidas
Los que prometen mucho y...
Los dibujos animados
Los salones de baile
Los vendedores de carros (1)
Los vendedores de carros (2)
Los políticos (1)
Los políticos (2)
Los políticos (3)
Los licenciados (1)
Los licenciados (2)
El chicano y el sistema judicial (1)
El chicano y el sistema judicial (2)
La mano de obra mejicana
Los coyotes
De cómo algunos chicanos ven a sus hermanos mexicanos
La violencia (1)
La violencia (2)
"Nosotros los indios..." (1)
"Nosotros los indios..." (2)
"Nosotros los indios..." (3)
El ser chicano (1)
El ser chicano (2)
El asilo para los ancianos
La ausencia

Preámbulo

En su cuarta obra de ficción, Justo S. Alarcón nos presenta una imagen global de la problemática contemporánea del chicano. Esta graciosa colección de cuentos, no desprovista de malicia, es un microcosmos: las pláticas en un banco del Parque San Lázaro en Phoenix, Arizona, entre dos compadres, don Epifanio y don Epiceno, ambos ya ancianos. A estos dos compadres los encontramos en una serie episódica de conversaciones que hace cobrar vida al lema de "El recuerdo es la vida del viejo". Es a través de estos "periqueos" que se nos da a entender el macrocosmos en el cual se desarrolla el destino del chicano.

Estos Cuentos breves del barrio son amenos, chistosos y animados, con chispas de crítica socio-política bajo el aspecto externo de una picardía muy chicana. La obra es una novela a la vez que una colección de cuentos, pues los diálogos en forma episódica se pueden leer con gusto individualmente, pero cobran mayor significado en su conjunto, en el desarrollo de la relación entre los dos compadres y la visión que se va proyectando. Se va revelando lentamente el devenir de la raza y la problemática de la chicanada con sus tristezas, alegrías, violencias y picantes deleites.

Los temas que enfocan los dos compadres incluyen la perspectiva del pueblo, con su crítica mordaz y su sabiduría. Se trata de temas chicanos y, también, universales, tales como: la política, los vendidos, la vejez, los licenciados, los estereotipos, el machismo, los crímenes de pasión, la violencia doméstica, los mojados, la asimilación, la cultura popular, la televisión, el folclore, los jueces, los coyotes, la familia, los apodos, la superstición, el capitalismo, los vendedores de carros, la hipocresía, el diablo, las mentiras, las caricaturas y la lengua.

De hecho, la lengua de los dos compadres en estos diálogos costumbristas es tan auténticamente chicana como lo son el zacate o la birria. Se emplean anglicismos, como "cuitear", o, como dice uno de los compadres sobre los chicanismos: "Yo me pregunto que si la Raza las usa y las dice, pos deben estar bien dichas".

Este fuerte sabor popular, estos sabrosos diálogos, todo nos hace sonreír con su picante sátira y con las vaciladas de los dos compadres. Pero sátira implica algo más que humorismo: también encontramos fuerte crítica socio-política. Mientras estos dos compadres, el uno más astuto, el otro más pícaro, comparten sus cuitas, a nosotros se nos proyecta la problemática chicana, en forma amena y, a la vez, aguda. Por ejemplo, se preguntan: ¿Qué y cómo es la vida y la realidad del chicano en un Estados Unidos en donde se proclama el *English Only*? ¿A dónde va a parar el pueblo chicano y cuál es su destino? ¿Cómo y cuál es la identidad de la raza? O, como decía Mario Moreno "Cantinflas" : "Ahí está el detalle", y nos asombra y nos deleita y nos hiere oír y saber sobre nuestra realidad chicana en estos Cuentos breves del barrio de don Justo S. Alarcón. Estos cuentos llenos del jugo de la vida chicana nos revelan nuestro retrato. Debemos leer y escuchar estas narraciones, porque, como dice uno de los compadres, "La raza fue nuestra maestra", y aquí tenemos la voz del pueblo.

Arturo Ramírez
Sonoma State University, California

Dedicatoria:

*Para la generación que se va,
con respeto y como deuda.*

El Parque San Lázaro

En el parque San Lázaro hay muchos árboles. Está llegando el otoño y la madre naturaleza deja ver su mano misteriosa. Las hojas están comenzando a cambiar de color. Durante el verano, su ramaje frondoso parece una sombrilla gigantesca que ofrece un pequeño oasis para que la gente entrada en edad pueda cobijarse y gozar de un fresco, más bien imaginario que real, en las tardes de los meses de un calor canicular. Bajo la sombra de un añoso morero, se sientan, como de costumbre, en un banco de piedra nuestros dos compadres.

— Oiga usted, compadre, el otro día estaba yo pensando que ya nos estamos haciendo viejos.

— ¡Qué cosas tiene usted, compadre!

— Ya sé, pero la verdad es la verdad, y más vale aceptar la verdad como es.

— ¿De qué está hablando usted, compa?

— De lo que oye. La mera pelona verdad.

— ¿Y a qué viene esto?

— Pos a que los años pasan y este parque no es ya lo que fue y porque me trae muchos recuerdos.

— Eso sí, pa' que vea, eso sí que es cierto. A mí también me trae muchos recuerdos.

Se quedan los dos viejos pensativos por un momento. Un velo de tristeza agridulce les nimbaba la faz. Don Epifanio ("El Casimirón") contaría con unos sesenta o sesenta y cinco años. Don Epiceno ("El Mayate") frisaría entre los sesenta y cinco y setenta abriles. De estatura media ambos, eran viejos amigos. Esta antigua amistad fue sellada dos veces con la afinidad contraída por el bautismo de dos de los hijos de don Epiceno hacía ya una veintena de años. Uno de sus deportes favoritos era rastrear y revivir las muchas experiencias del largo pasado.

— Pos sí, compadre Epiceno, como le venía diciendo, qué pronto se nos pasó la vida. Se nos cuela por entre los dedos como el agua.

— No se me ponga filosofón, compadre Epifanio, si no, no lo voy a poder seguir. Además, se me hace que está usted un poco alicaído.

— Perdona, compadre, usted usó ahí dos palabritas que no entiendo muy bien, y no me diga que soy pendejo, porque no lo soy, pero es que a veces pos, no hablamos como Dios manda, compadre. ¿Quesque "filoso" y "algaído"?

— No, compa, no, ya sé que usted no es... menso. Dije nomás "filosofón" y "algaído".

—Y ¿qué es eso?

— Pos no me tire mucho de la lengua, porque, pa' decirle la verdad, tampoco yo sé muy bien.

— Entonces, ¿por qué las usó?

— Pos porque el padrecito Escamillo las predicó en el sermón el último domingo y pos me sonaron muy bien. Por eso nomás las dije.

— ¿Nomás porque le sonaron bonito?

— Pos así es.

— No se me vaya a hacer usted gente popof, compadre.

— ¿Y eso?

— ¿Y eso qué?

— Pos eso de... *popcorn* o papalote o...

— Pos yo también sé usar palabras bonitas cuando quiero, pa' que vea usted, compadre.

— Pero dígame qué quiere decir esa palabra.

— Pos, pa' decirle la verdad, yo tampoco sé muy bien. Se me hace que es algo así como copetón, creo yo.

— Pos diga copetón, y ya.

— Pos sí, ¿que no?

— Pos sí.

Aunque esta conversación ayudó, no sabían los dos compadres cómo salir del tema de la vejez que invadía el corazón de don Epifanio, hasta que una pareja de jóvenes, que venía caminando alegremente, se internó cada uno en su lugar correspondiente de los excusados que se hallaban en el centro del parque, no muy lejos de donde se encontraban los dos viejos. Salieron, primero el joven, y después la muchacha del pequeño edificio color verde que hacía juego con el verdor de

los añosos árboles y del desmedrado zacate. Se miraron los dos jóvenes y, cogidos de la mano, se alejaron lentamente y desaparecieron por entre los árboles.

— Compadre Epiceno

— Diga usted, compadre Epifanio.

— Lo que le decía antes. Ahí mero lo puede ver usted.

— No me hable en misterios. Hábleme claro, compadre.

— Pos, como le decía, nosotros fuimos como esos dos que acaban de pasar por ahí, y ahora mire usted cómo estamos.

— Compadre, no me gusta cómo usted ve las cosas hoy. ¿Por qué no hablamos mejor de cuando éramos como ellos? A ver, ¿cómo mataba usted el tiempo cuando era chamaco, como el que acaba de pasar?

— ¡Ay, compadrito, no me toque por ese lado! Me vienen muchos recuerdos muy bonitos y no creo que tenga juerzas para aguantarlos.

— Ande, aviéntese, como hace otras veces. Hasta le vendrá bien pa' la salud.

— ¿Cree usted, compadre?

— Pos seguro que sí. Ande, échelos.

— Pos yo me acuerdo cómo aquí mismo, en este parque, correteábamos a las muchachas. Después de un juego de béisbol, así sudados y todo, el coach nos compraba raspas, que don Cipriano "El Cacarizo" traiba en su carrito. Las chamacas se venían todas encima, y se reían y nos decían que nos veíamos muy "cute", así sucios y mugrosos y todo. Nosotros las correteábamos y esto les gustaba mucho a ellas.

— Ya veo, compadre, que usted era una persona normal.

— Pos ¿qué se creía usted, compadre, que era joto o qué?

— No se me empique, compadre, no se me acalore.

— Pos eso, así éramos en aquel tiempo. Y después..., bueno, pa' qué contarle. Mejor ya le corto ahí.

— Continúe compadre, continúe, que ya se está poniendo buena la plática.

— Pos no me interrumpa. Además, se me hace a mí que a usted, compadre, le gusta el chisme.

— Pos sí, pa' qué negarlo.

— Pos le diré que hacíamos muchas travesuras.

— No creo que fueran tantas como las mías, pero continúe y ya veremos.

— Lo que usted quiere, compadre Epiceno, es tirarme de la lengua.

— Pos a lo mejor y así es, pero continúe, por favor.

— Como le decía en denantes, uno de los pasatiempos era el de corretear a las chamacas y el de hacerles travesuras. Una vez, me acuerdo muy bien, y usted perdone si se cree que es algo grosero lo que le voy a contar, un chamaco amigo mío y yo le hicimos un pequeño agujero a la pared del excusado que daba al lado de las chamacas. Nosotros lo hicimos muy pequeño, pero, poco a poco, otros chamacos agarraron la idea y, con el tiempo, el agujero llegó a ser muy grande, que hasta cabía la mano y el brazo de uno. Con el tiempo, toda la pared quedó agujereada como una regadera. Las chamacas, con el tiempo, ya ni iban allá, preferían aguantarse o, si no, se iban a sus casas.

— ¡Ay que compadre! Pos sí que se aventaba usted. Cuénteme más, porque ya me está entrando la curiosidad.

— Ahora cuente usted, compadre Epiceno, porque no está bien que yo sólo cuente lo mío. Échese usted una platicadita ahora, mientras yo me echo esta heladita

— Pos si usted insiste, me va a forzar a que le cuente algunas de mis travesuras también.

— Sí, como si yo le empujara. Lo que le pasa a usted es que se le están quemando los chiles pa' desembuchar como las gallinas. Ándele, le doy permiso, pero no me acuse de que yo le estoy empujando.

— Pos, con su permiso, lo voy a hacer.

— Pos ya lo tiene, comience.

— Además de lo que usted hacía, compadre, nosotros pintábamos las paredes y escribíamos versos a las muchachas. Habían hecho un excusado nuevo en nuestro parque y, en poco tiempo, pos parecía un mural, con dibujos y todo. Se veía todo empuercado, pero, era nuestro arte, compadre. Era el único lugar en donde nosotros, en nuestro tiempo, podíamos expresar nuestra imaginación. Hoy día es otra cosa, pero no quiero hablar de eso.

— Y, ¿por qué no?

— Pos porque hoy las cosas son diferentes.

— Ándele compadre, no se me quede ahí, aviénteselo.

— Otro día será. Hoy ya hablé mucho.

— Bueno, compadre, ya veo que éramos iguales.

— Y que éramos normales, y no como los de hoy día.

— Compadre, usted se está guardando algo. Aviéntese.

— No, no quiero. Hoy no, otro día será.

— Pos no se olvide, otro día me lo cuenta.

El rostro de los dos compadres había cambiado. Un brillo relumbraba en sus teces que suavizaba un tanto los surcos de sus rústicas arrugas. Los ojos de don Epifanio momentáneamente recobraban un poco el lustre que los años habían opacado lentamente. Los labios de don Epiceno dibujaban una sonrisa pícara que recordaba mejores tiempos. Ambos se sentían como si les hubieran sacado de encima unos veinte años.

— Compadre Epiceno.

— Diga usted, don Epifanio.

— Yo me acuerdo, como si fuera ayer mismo, de un amigo mío, que ya feneció el pobrecito y...

— ¿Qué le pasa, compadre? No le pare... ¡No me diga que ya se está bebiendo las lágrimas!

— Pos, como le decía...

— Ándele, compadre, y no se me ponga ahora a chillar como un chamaco.

— Es que duele, compadre, es que duele mucho.

— Pos sí, pero no me deje ahora colgando ansina. Ande y límpiese esos mocos.

— Pos como le iba diciendo, un día que vine al parque me lo encontré encaramado en un árbol.

— ¿Como un chango?

— Mesmamente eso parecía el bato.

— Y, ¿por qué se trepó al árbol?

— Pos porque su jefe lo había fajado ya muchas veces, y ya no sabía cómo hacerle, hasta que un día se le vino a la cabeza que mejor le sería correrle y subirse a un árbol.

— Y, ¿por qué no correrle y esconderse en un... yonque o algo parecido?

— Eso mismo le pregunté yo y él me repuso que trató varios lugares, pero que el mejor que encontró fue un árbol, porque así su "*pinchi jefe*", como le llamó él, no podía agarrarlo, quesque porque padecía de almorranas y no podía hacer pujidos si atentaba subirse al árbol.

— Abusao el chamaco, ¿no cree usted, compadre?

— Eso mismo me pareció a mí.

— Pos fue inteligente, ¿que no?

— Pos sí, ¿que no?

— Pos sí.

— Pos yo, compadre, le voy a contar otra aventura.

— Avíentese, compadre Epiceno, porque me siento como si me sintiera ya mejor.

— Pos váyame poniendo atención, porque se me hace que va a resultar largo.

— Pos ya se lo recordaré yo si se me desmanda un tantito así.

— Pos dígamele a su debido tiempo, y yo le corto.

— Ok, compadrito.

— Pos una vez estábamos en el parque un chorro de chamacos haciendo travesuras con las chamacas, como siempre. Los zancudos comenzaron a metérsenos por todas partes. A mí se me ocurrió hacer fuego. Corté unas ramas y los otros chamacos me echaron una mano. En menos que se suena uno los mocos, teníamos un montón grande de ramas. Les prendimos fuego y, como estaban verdes, comenzó una humareda de a madre. Todo el barrio estaba lleno de humo. Vinieron las apagadoras y, pa' qué le digo, desaparecimos como conejos perseguidos por los perros. Y pa' cuando llegaron, no había nadie. El barrio estaba todo alarmado. Nadie supo nada de nada por mucho tiempo. Los chamacos éramos así. Ni modo.

— Compadre Epiceno.

— Diga usted.

— Me cayó bien esta tarde, a pesar de todo.

— ¿Me está sugiriendo, compadre Epifanio, que ya se me va a rajar?

— Pos yo creo que sí, compadrito. Ya me siento un poco cansado. Además, ya se me acabó la heladita tan sabrosa y como que el gazzate me está pidiendo otra.

— Está bien, pero que no sea Coors, compadre, con tal de que no sea Coors.

— Y, ¿por qué, si se puede saber?

— ¡Ay que mi compadre! Pa' otra ocasión se lo cuento, porque ahora merito me voy a pistear otra a mi cantón.

Se despidieron los dos compadres con la intención de volver a recordar sus andanzas del pasado. Les quedaban, como siempre, muchas experiencias que compartir. El recuerdo es la vida del viejo.

Los dos compadres (1)

Era un día cualquiera de cualquier semana de primavera. Don Epifanio y don Epiceno se encontraron en el parque San Lázaro para compartir sus cuitas. Hoy, más que nunca, mostraban unos semblantes vivarachos. Don Epifanio llevaba una bolsa de papel de estraza debajo del brazo. Estaba cerrada en su parte superior. No se podía distinguir claramente lo que la bolsa contenía dentro. Don Epiceno, con el rabillo del ojo, trató de otear y revelar el secreto. Pero no pudo extraerle el misterio.

— Estaba pensando, compadre Epifanio, que, siempre que estamos aquí, nomás hablamos de la gente y de los barrios y qué sé yo de cuántas cosas más. En "oder güeros", siempre andamos mitoteando y comadreando, como dos viejas desdentadas. ¿No lo ve usted ansina?

— Pos sí, compadre Epiceno. Pero, ¿de qué más podemos platicar?

— Pos... de nosotros, de su vida, de la mía, de cosas ansina.

— Pos está bien. Comencemos por su vida, pues.

— ¡Ay, chihuahua, y... ¿por qué no mejor por la suya primero?

— No, compadre Epiceno. Por la suya primero, porque a mí se me ocurrió primero la idea.

— Sí, usted fue el que dijo primero hablar de mi vida, pero yo fui el primero que dijo que habláramos sobre nuestras vidas. ¿Que no?

— Pos sí, compadre Epiceno, tiene usted razón, pero yo creo que debemos primero hablar sobre su vida, porque yo fui el primero que lo dijo. Además, creo que su vida es más pintoresca que la mía.

— ¡Un momento, compadre Epifanio, un momento! Si usted comienza otra vez con sus palabritas, yo me descuento y cuiteo al punto y me voy d'aquí pa'l rial.

— Perdone, compadrito, y no se caldee. Además, si yo uso "palabritas", como usted acaba de decir, usted está empleando "horita mismo "palabrotas". A ver si nos entendemos, pues.

— Compadre Epifanio, usted es muy bueno pa' confundirme y confundir todo. Vamos despacio. Yo nomás le dije que no usara esas "palabritas" que nadie entiende. A ver, ¿qué fregaos quiso usted decir con "pintor..."?

— "Pintor...esca", "esca". Esta palabra significa que su vida de usted tiene mucho color, que es interesante, que es muy suya, diferente de otras. ¿Entiende, compadre?

— Pos seguro que entiendo. Yo no necesito que usted me diga que mi vida es mi vida, y que es diferente de la vida de los otros batos. Sí, yo le entiendo todo lo que ha periqueado hasta 'horita, pero lo que no entiendo son esas palabritas rasuradas que usted usa en veces.

— Compadrito, compadrito. No se me empique por esto. Le voy a dar la razón ahora merito. Pero, primero, permítame darle un beso a mi botella de tecate que traigo aquí, y que la pobrecita está "huérfana de cariños", como decía el otro.

— Pos... bébasela, y... que le caiga bien.

— Gracias, compadrito....

— Pero... si no me lo toma a mal y no se siente conmigo, compadre Epifanio, me gustaría que, aunque sea de malcriados lo que le voy a intimar, es que, pos... si es que trujo una extra, pos que, de perdida, pos que la comparta conmigo, que pa' eso soy su compadre, ¿que no?

— Pos sí, compadre Epiceno, pero algo de malcriado tiene eso que dijo, aunque, pa' decirle la verdá, también lo mío es de malcriados, por no ofrecerle a usted una cerveza primero, siendo usted mi mejor compadre.

— Muchas gracias, compadre, pero yo no sabía que... había "mejores" y "peores" compadres.

— Pos sí los hay, compadre. Y si usted no le corta el pico, creo yo que le voy a cambiar de categoría entre los compadres.

— Otras vez usted y sus palabritas que nadien entiende, compadre.

— Pos mire usted, compadre Epiceno, le voy a hablar más claro. Es cierto que yo uso "palabritas" afeitadas, o rasuradas, como usted dice, pero es que usted también se avienta algunas que muy poca gente las entiende.

— ¡Ahora sí que le hemos fregao, compadre Epifanio! ¡Quesque yo también uso palabritas! A ver, diga usted, pues, qué palabritas uso yo, a ver.

— Yo no dije palabritas, yo dije que usted usaba "palabrotas".

— Pos pa'l caso es lo mismo, a ver, diga usted.

— Pos mire, compadrito, hace un momento que usted dijo que yo "cuiteara" de usar palabritas. ¿Qué es eso de "cuitear"?

— ¡Ay, compadrito! ¿Quesque usted no sabe Spanish? Se me hace que usted es uno de esos vendidos que hablan nomás *English Only*.

— Sí, sé lo que quiere decir, pero no debiera usted usar esa y otras palabras parecidas.

— Y, ¿por qué, si se puede saber?

— Pos, porque son anglicismos.

— ¿Angli... anglu... anglo... qué?

— Pos anglicismos, palabras que vienen del inglés.

— Horita sí que me trae todo confundido. Mire, compadrito, yo oigo todos los días mis "palabrotas" que salen del hocic..., perdón, de la boca de la Raza. Yo no invento nada. Yo nomás repito. Yo me pregunto que si la Raza las usa y las dice, pos deben estar bien dichas, ¿que no?

— Pos, sí, yo creo que usted tiene mucha razón. Si no toda, al menos en parte.

— Por fin, compadre, por fin se ha aventado usted alguna cosa bonita acerca de su compadre. Gracias, compadrito, yo también necesito que alguien me madereye.

— Compadre, compadre, otra vez con sus palabrotas.

— Y, ¿qué he dicho yo ahora?

— Pos "madereye".

— No me diga usted, compadre, que usted no sabe lo que quiere decir esta palabra.

— Sí, sí, la entiendo, pero es que si un maestro o profesor del college la escucha, pos... no la va a entender.

— Compadre, eso ya no es culpa mía. Si no la sabe, pos que la estudie, que pa' eso están esos mayestros o profes en la Uni.

— Pos, ¿sabe qué, compa?

— Diga usted, maistro.

— Pos yo creo que usted tiene razón. ¡Que las estudien!

— Gracias otra vez, compadre. Necesito que me maderey... que me den palmaditas en la espalda.

— ¡Ay que mi compadre Epiceno! Usted no se aguanta ni se deja. Mire, ¿qué le parece si cambiamos de plática y vamos a mi chante a aventarnos otra birra?

— Pos, pa' decirle la verdad, compadre, desde hace un rato, estaba esperando que usted se decidiera a otra invitación. Pero... antes de emprender marcha, quisiera indicarle dos cosas.

— Diga usted, y pronto, compadre, que tengo el gaznate muy reseco.

— Pos ¡ahí va! Primero, que no hemos platicado de su vida entoavía. Y, después, que..., con todo respeto debido a su sabiduría, que también usted se aventó horita dos o tres "palabrotas".

— ¡Ay que compadre, a usted no le para el pico ni un chorro de hipos!

Después de la larga perorata, los dos compadres se fueron camino de la calle Molina, cercana a la esquina del parque que ellos escogieran desde tiempo atrás para descargar sus almas sedientas de comunicación. Comunicación de experiencias, de silencios y de soledades impuestas por largos años de trabajo.

Los dos compadres (2)

Al día siguiente, y a la misma hora más o menos, se volvieron a encontrar los dos compadres muy festivos y con deseos de continuar la conversación que dejaron inconclusa el día anterior. El uno quería indagar en la vida íntima del otro. Aunque hacía años que eran compadres, y se conocían bastante bien, siempre quedaba algún escondrijo por revelarse. Y esto, entre dos compadres, era casi inaudito.

— Compadre Epifanio, desde ayer estuve pensando que, si usted se me va a poner pesado, mejor yo me doy de voluntario pa' comenzar hoy con la platicada.

— No importa, compadre Epiceno. Si usted prefiere, yo puedo comenzar a contarle mi vida.

— Yo no quiero serle una imposición, pero, si que usted lo prefiere ansina, pos comience ya mero.

— Ya veo, compadre Epiceno, que usted no quiere perder tiempo. Lo come la curiosidá.

— Pos ansina es, compadrito.

— Bien, pues comencemos. ¿Qué quiere saber de mí, compadre?

— Pos, hábleme de cuando era usted niño.

Don Epifanio se atusó el bigote con los dedos pulgar e índice de la mano derecha. Sus ojos negros se clavaron en un punto. Su mente viajó por los espacios y los largos años de su existencia. Frisaba en los setenta. Aunque ya se sentía viejo, su rostro todavía guardaba la piel bastante lisa. Su pelo se conservaba todavía casi negro, de un negro azabache y auténtico.

— Compadrito Epifanio, lo veo un poco pensativo. ¿Qué está pensando?

— Pos estoy buscando y separando en la memoria tantos recuerdos que se confunden y no quieren salir.

— Pos, ¿quiere que yo le ayude?

— No creo que usted pueda, pero, si tiene alguna cosa que le interese, le doy permiso para que me haga preguntas.

— Pos, pa' comenzar, ¿en dónde nació usted?

— Yo nací en Puerto Peñasco, Sonora. Pero mis padres me trajeron de niño para Arizona.

— Y la Migra, ¿no se le puso pesada?

— En aquel tiempo no había el rejuego que se traen hoy día. Entonces, el mexicano entraba y salía sin papeles ni nada. Para nosotros, y para ellos, Arizona era como Sonora. Ahora se pusieron los moños y... hasta le llaman a uno "mojado", aunque no hay ningún río de por medio.

— Pos yo, compadre Epifanio, yo nací aquí, en el barrio de lo que hoy viene siendo la Siete. Pero mis padres me llevaron de chiquito pa'l lado de Magdalena, también Sonora. Después de un tiempo allí, me trujeron de nuevo pa'l barrio, cercas de este mismo parque, que entonces era una polvadera. Aunque éramos bastantitos, no había tanta Raza como hoy. Eran casi todos ranchos. Mi dari y mi jefa y nosotros, ya de chiquitos, trabajábamos en la labor. La familia fue creciendo y, a no ser por un hermano que se fue al Armi y después pa' Califas, todos nos quedamos aquí. Después fueron colgando los tenis poco a poco y... aquí me tiene usted, casado, enviudado y con cuatro escuincles ya crecidos. Pero esto ya lo sabía usted desde denantes.

— Pos de mí, compadre Epiceno, ya usted sabe casi todo. Mi vieja, que Dios la tenga en el cielo, me dejó por otro. ¡Cosas de la guerra! Quesque se creyó que me habían matado. ¡Cómo me iban a matar si nunca me tocó ir al campo de batalla! Mi error fue enlistarme después de casado y ya de grande. Yo creo que ella ya estaba algo aburrída y cansada de mí y, con la disculpa de la guerra y de mi supuesta muerte, no perdió tiempo y se fue a México para buscar divorcio y se casó con un cualquier hijo de su madre. Quesque era un oqui, uno de esos que andan de vagabundos por ahí. Y pos, aquí me tiene, solito desde el año del caldo.

— Y, ¿por qué no volvió a casarse? Eso siempre se lo quise preguntar, compadre, pero, por respeto, nunca se lo pregunté.

— Los principios y los tiempos eran otros, compadre. Como católico, me decía el Padrecito de entonces, que descansase en paz, que pues que no era bueno, porque yo estaba casado ante los ojos de Dios. Y pos, uno se hace a la idea, compadre. Y también porque, en esos días, lo miraban a uno de mal modo si cuajaba con una chamaca, teniendo todavía viva a su esposa, aunque ella anduviera por ahí pirujeando. Ella, entre los oquis, pos ¡quién le iba a reclamar!, pero yo, entre la Raza, ¿pos qué chanza tenía!, qué le iba a averiguar. Usted sabe, compadre, cómo eran las cosas.

— Pos sí, así era la vida.

— Y usted, compadre Epiceno, cuénteme de cuando fue a la escuela.

— Pos yo, compadre, no tengo muncho que contarle. No tengo gran cosa porque no tengo mucha escuela. Tenía que ayudarle a mis jefitos en el fil y pos no había las leyes de hoy y... fui de vez en cuando a la "migrant school". Pero eso y nada pos todo es uno. Aprendí a leyer y a escribir un poco en inglés y otro poquito, muy poquito, en español. Todo lírico, pues. Mi escuela, compa, fue el fil y la calles. La Raza fue mi maestra. Todo se lo debo a ella. Y... ¿ustedé, compadre?

— Antes de contestarle, permítame echarme una heladita. ¿Gusta una?

— Pos... yo nunca digo que no a estas cosas.

— Pos ahí va una.

— Gracias, compadre.

— Y usted, compadre Epifanio, ¿tiene mucha escuela?

— Mucha, no. Pero sí tuve la oportunidad de asistir. Allá en México, asistí a la primaria. Después, aquí, no tuve la chanza hasta que me enlisté en el Armi más tarde, y eso fue de grande ya. Tuve que trabajar. En México, no, pero aquí, ya de grandecito, le tuve que entrar a casi todo. Sobre todo a la construcción. En Puerto Peñasco aprendí a leer y a escribir en español. Y aquí, en el Armi, me enseñé a leer y a escribir el inglés.

— Luego, compadre Epifanio, ¿usted es bilingüe?

— Bilingüe, compadre, se dice bilingüe.

— ¡Pos eso, pues!

— Aunque no como hubiera yo querido, pero sí me defiendo.

— Pos yo, como ya ve, no me defiendo tanto, pero por ahí vamos.

— Poco a poco, compadre Epiceno. Estas cosas llevan mucho tiempo.

— Sí, compadre Epifanio, pero a mí ya no me queda mucho.

— Todavía está chamacón. No se raje tan pronto.

— Gracias por lo de chamacón y por madearme, pero yo ya no le hago más la lucha.

— Compadre Epiceno, ¡hay tanto de qué platicar!

— Sí, también yo digo eso.

— Pos tenemos que continuar, porque la plática es buena. Se aliviana uno un poco.

— Pos yo soy del mismo parecer.

— Otro día le contaré más, con la condición de que usted también me platique más de su vida.

— Ok.

Los barrios

— Compadre Epifanio, ¿cómo se siente hoy?

— Mejor que ayer, compadre.

— Pos qué bueno, porque ayer estaba usted muy "alicaído".

— ¿Otra vez con sus palabritas, compadre Epiceno? Hable en cristiano, por favor.

— Trataré, pues. Es que me gusta a veces echármelas de... pos de copetón.

— No se acostumbre usted a eso, compadre.

—Y, ¿por qué no, si se puede saber?

— Porque se ve feo. Usted no es leído ni escrito. Usted es como yo, gente del pueblo.

— Sí, pero eso no quita que yo pueda echarme palabritas bonitas y remilgadas de vez en cuando.

— Pos ándele pues. Pero se me afigura que es como si se pusiera zapatos de charol y corbata y chalequito y se echara perfume como los jotos.

— Ahora sí que la fregó, compadrito, ahora sí que la regó. ¡Quesque soy joto!

— No, compadre, no, eso fue nomás una comparación. Pero sí le digo que yo he visto a algunos que quieren pasar por lo que no son. Y ya no digo más, porque no me gusta hablar mal de la gente. El Padre Escamillo dijo en la misa que eso era "mormorar", o cosa parecida, no le entendí bien, pero la idea era esa, y quesque va contra la caridá. ¿Entiende, compadre?

— Un poco, aunque no importa. Pero si no hablamos de la gente, ¿de qué vamos a hablar?

— Pos sí, ¿que no?

— Pos sigamos con lo de ayer. A ver, cuénteme más de cuando era joven, compadre Epifanio. Ándele.

— Tengo tantos recuerdos, tantos, pero cuando me pongo a pensar me doy cuenta de que ahora ya no es como antes. Ya la gente se está yendo pa'l norte.

— Eso también lo he notado yo, compadrito, la gente se va poco a poco. ¿Y por qué será eso, compadre?

— Pos yo no sé muy bien, pero no la culpo, pa' que vea, no la culpo. Aquí hubo mucho desmadre. De un lado la gente y de otro la ciudad. Así va la cosa. Y lo peor, compadre, es que no

hay muchos que le hacen la lucha. Se desganán y se van. No sé si tenemos una maldición o qué, pero así es la cosa.

— ¡Ay, compadre, qué bonito habla usted! pero no ha dicho nada nuevo. ¿Por qué será? Eso es lo que yo me pregunto, ¿por qué será?

— Pos mire, compadre Epiceno, mirando bien las cosas es como mejor se miran. Si paramos mientes en lo que le dije en denantes, lo de la citi, pues, es que no nos tienen respeto, y esa es la mera pelona verdá. Mire nomás, aquí nos encasquetan hasta el cuello el aeropuerto, las cárceles, los almacenes de cosa y media, y otras muchas cosas y, pues, tanto ruido y tanto negocio sucio, parece como si los barrios pos fueran resumideros de agua empuercada y montes de basura. Eso es todo. Aquí están los negocios de los ricos del norte y pues nos dejan la porquería aquí. Eso es todo.

— Yo también miro eso, pero y la gente, ¿qué hace nuestra gente, como dijo usted en denantes?

— Pos, perdone usted compadre, pero se me hace que en veces la gente está un poco tapada. Mire nomás a esos políticos nuestros, nomás pa' poner un ejemplo...

— Uy, uy, uy, ya se va a poner buena la cosa. Continúe, compa, continúe, que ya me estoy poniendo emocionado. Siento cosquillas por todo el cuerpo.

— No sea como las mujeres, compadre Epiceno, no sea como ellas de chismoso.

— Pos si las mujeres son así, hasta me gustaría ser como ellas.

— ¿Será usted maric... o joto, compadre Epiceno, será usted joto?

— No, pero, así quedito, entre usted y yo, pos me gusta el chisme, pa' qué negarlo. Ándele, no se detenga, compadrito, no se detenga.

— Pos, como iba diciendo, nuestros políticos nos prometieron y nos prometen que, si votamos por ellos, arreglarán los barrios. ¡Qué van a arreglar si son los primeros en escaparse de los barrios! Pa' decirle la verdá, compadre, a veces se me figura que son peores que los gringos.

— ¡Ah, chihuahua! ¿No cree usted, compadre que eso es muy fuerte?

— Sí, es fuerte, pero es la verdá. Lo que quieren de nosotros son los votos. Después, pos... como los gringos. Se juntan con ellos, y ya. Hasta se me hace que son peores, porque como se miran prietos y se echan una platicadita en español por la radio, aunque a veces no les sale muy bien porque... pos se agringaron, así nos sacan los votos. Esta es la mera verdá, compadre Epiceno, esta es la mera verdá. Y duele, ¿sabe?, y duele mucho.

— Pos no sé qué decirle, compadre Epifanio. Se me atora no sé qué aquí en el gznate. Sobre todo porque yo voté la última vez por los dos. Ahora usted me deja pensando...

— Pos la gente se va sin ilusiones. A veces y hasta creo que la raza no es pendeja. Ya no creen en tantas promesas. Promesas y nada. Basura. Por otro lado, si se miran bien las cosas, la gente sí es mensa, porque, en vez de reclamarles y no votar por ellos, pos se va de aquí pa'l norte, pues. Ya pierde la esperanza con tantas promesas y tantos enemigos. Pero tampoco se me escapa, compadre, que la gente también es medio huevona.

— ¡Ah, chihuahua! ¿No cree usted, compadre, que está apretando muy fuerte?

— Pero es la verdad, ¿que no?

— Pos... ¡saaabe!

— Pos ahí está usted, haciéndose el menso también. Quesque "¡pos... saaabe!"

— Ay, compadre, usted ataca muy feo.

— Pos así es. Mire nomás, si no, cómo se ven algunas casas de algunos barrios. Hay un tiradero de a madre. Yonque por aquí y yonque por allá. ¿Cuánto dinero cuesta ser limpio, a ver, dígame usted, cuánto dinero cuesta?

— Pos... tiene usted razón. Poco.

— Pos ahí mero está el detalle. Y después los gringos nos llaman derti y otras cosas muy feas. Y, en parte, tienen razón.

— Pos sí.

— Y después dice la raza quesque no nos quieren ellos.

— Pos sí, pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

— Ahí está usted, hablando como Cantinflas, medio amensado. Abra los ojos, compadre Epiceno, ábralos bin abiertos y verá muchas cosas. Se lo aseguro.

— Mire, compadre Epifanio, yo también las veo, pero me cuesta trabajo aceptarlas. Y ésta es la mera verdad, ¿que no?

— Pos sí, ¿que no?

— Pos sí.

— Y ahí tiene usted las dos razones por qué la gente se va del barrio. Porque la ciudad tiene poco respeto por los barrios y porque la raza los abandona en lugar de peliar. Si nos juntáramos como los judíos y como los chinitos, no pasaría esto.

— ¡Ay, chihuahua, compadre!, usted se está poniendo muy abusao. Ya córtele, no sea que le vaya a salir alguna babos... barbaridá. Córtele ya.

— Pos si usted no es hombre, ahí usted verá, pero yo lo veo así, y así es. Y le voy a decir más, compadre Epiceno, que los gringos se aprovechan pa' llamarnos palabras feas, porque a veces nos desmadramos nosotros mismos. Quesque uno saca la pistola en una cantina porque le llama al otro "mojado", o porque le dice que le apañó su ruca, o porque, si eres muy macho, le dice "sácame esta paja del hombro", nomás porque no le gustó la forma como le miraba. Dígame usted compadre si estas cosas valen la pena de darse en toda la madre.

— Pos sí, tiene razón usted.

— Y, después, los gringos nos toman por gente sin cultura y que no sabemos vivir como la gente civilizada. ¿Qué le parece, compadre, qué le parece? ¿Estoy errado?

— Pos... ¡sabe!

— Se me hace, compadre, que usted está medio zonzo o que usted no es un hombre.

— ¡No insulte, compadre Epifanio, no insulte, que somos compadres!

— Perdone usted, compadrito, pero así soy yo.

— Pos no se me ponga enchilado, porque a lo mejor y usted no tiene toda la razón.

— Pa' mí, yo la tengo, ahora usted vea las cosas como quiera. Eso es cosa suya.

— Pos yo no le quiero llevar la contra, pero como yo veo las cosas, esto todo está muy complicado.

— Sí, pero por algún lado hay que explicarlas, ¿no cree usted, compadre?

— Si usted lo dice, compadre Epifanio, si usted lo dice.

— Otro día platicaremos más, porque ahora me voy a casa a echarme una heladita, pos tengo el gaznate reseco de tanto platicar.

— Pos usted verá, pero que no sea Coors, porque diz que tiene veneno.

— Yo no bebo cochinas, yo bebo Tecate. Pero ya... ya platicaremos más. Y usted vaya pensando en cosas, porque yo ya hablé mucho.

— Le haré la lucha, pues.

Las palabras malentendidas

Estaban los dos compadres en silencio. Algo les apesadumbraba. No era el clima bochornoso, porque hacía sol y el cielo estaba despejado. La primavera sonreía y los pájaros cantaban danzarinés en las ramas de los árboles. Pero los compadres estaban ensimismados y ajenos a todo lo que les rodeaba. Por fin, el compadre Epiceno rompió el silencio.

—Compadre Epifanio, lo veo muy serio. ¿Puede saberse por qué no habla usted hoy?

— Pos, porque usted tampoco no ha dicho nada.

— Sí, pero es que usted está tan metido dentro de sí que ni con una reata le podría sacar las palabras.

— No exagere, compadre Epiceno, no exagere. Es que hay cosas en la vida que uno no se las puede explicar.

— Y, ¿qué cosas son esas, compa?

— Pos, fíjese nomás lo que descubrí ayer, compadre, fíjese nomás. Es que hay cosas...

— A ver, avíéntese.

— Pos un amigo mío me dijo que un compadre suyo estaba en el bote.

— Y ¿por qué lo metieron en el bote, si se puede saber?

— Pos por un incidente que pasó, que no valió la pena.

— No, compadrito, cuando meten a uno en el bote es porque algo malo ha hecho.

— Pos fíjese usted que no siempre es así. A veces la chota y los jueces se equivocan también.

— Pos, a ver, diga, ¿qué crimen cometió él?

— Pos ya le dije que, según me dijo mi amigo, su compadre de él no cometió ningún crimen, a no ser por el crimen de no saber inglés.

— Pos ese no es crimen, creo yo.

— Fue un malentendido nomás, un malentendido.

— Pos explíquese pronto, chihuahua, que me dan retorcijones nomás por querer oírlo.

— Pos, como le decía, fue un malentendido, una palabra en español que sonaba mal en inglés, pero que no era mala, pa' que vea usted.

— Y, ¿qué palabrita fue ésa?, porque por decir malas palabras no meten a uno así como así en el bote.

— Pos sí, pa' que vea usted, pos sí.

Se quedó el compadre Epifanio pensativo otra vez, recluyéndose en su ensimismamiento y tratando de buscar la expresión justa y precisa para poder comunicar a su compadre Epiceno lo trágico del asunto. Después de un rato, y a insistencia de su compadre, volvió al tema.

—Pos mire, compa, que por una palabra que dijo, la chota puso a ese amigo de mi amigo en la cárcel. Fíjese nomás. Diz que su amigo compadre venía del trabajo y que pues que su esposa estaba enojada con su hija porque había hecho una travesura. Y que cuando él llegó del trabajo, que ella se lo dejó todito a él para que él la corrigiera. Y que pues que él la corrigió, y le dio una golpiza.

—¡Ah, chihuahua!

—Y que pos que ella, la mamá de la chamaca, que comenzó a chillar y a hacer un gran argüende.

—Pos sí, tenía razón ella, ¿no cree usted?

— Pos, puede que sí, pero es que ella, según mi amigo, se lo había dicho a él para que él le diera una buena regañada y pa' que la fajara, creo yo.

— Pos sí, pero... ¿y eso fue todo, porque la fajó?

— No, compadre, no. Quesque la mamá de la muchacha daba voces y que los vecinos la oyeron y pos llamaron a la chota y pos que, al rato, ya estaba allí la chota golpeando la puerta.

— ¿Y qué pasó, ándele compadre, qué pasó?

— Pos que la chota preguntó que qué pasaba, y pos que la mamá de la chamaca dijo: "mi esposo está molestando a mi hija".

— Y... ¿qué otra cosa pasó, compadre?

— No, nomás eso. Eso fue todo.

— ¿Nomás por eso lo metieron en el bote?

— Nomás por eso, compadre.

— Pos yo no veo que eso sea suficiente. Además... usted me dijo adenantes, compadre Epifanio, quesque lo habían metido en el bote por "haber dicho... palabritas".

— Pos por eso mismo. Eso fue todo.

— Y ¿qué palabritas fueron esas, compadre, o qué palabrotas?

— Pos quesque "molestó" a su hija chamaca, compadre.

— ¿Y eso?

— Pos quesque en inglés esa es una palabra muy grave, compa.

— No entiendo, compadrito.

— Pos que esa palabra en inglés quiere decir en español "abusar" de una mujer.

— ¡Compadre! ¿qué me dice?

— Lo que oye, compadre Epiceno, lo que oye.

— ¿Y lo metieron en el bote por eso nomás?

— Pos, ¿no se cree usted que eso es una cosa muy grave, "abusar" de una mujer a la fuerza?

— Sí, compadre, pero es que él no hizo nada de eso. El nomás castigó a su hija chamaca, pero no la mol... no la abusó, compadre.

— Pos sí, compa, pero así son las cosas. Un malentendido.

Don Epiceno se quedó pensativo. No se podía explicar por qué pasan estas cosas. Se acordaba de cuando él había tenido a sus hijas, y de cómo las castigaba cuando le desobedecían. También él las "molestaba". Como un relámpago cargado de electricidad le cruzó por la mente la posibilidad de que a él lo hubieran metido en la cárcel por una cosa que él consideraba saludable en sus tiempos jóvenes: el castigo como medio de evitar que un árbol tierno se torciera con el paso de los años y el peso de las inclinaciones naturales.

— Compadre Epifanio.

— Diga, compadre Epiceno.

— Y si la madre de la muchacha le dijera al policía en inglés lo que pasaba, ¿cree usted que el compadre de su amigo estuviera horita en el bote?

— Pos yo creo que no. Pero, compadre Epiceno, también yo creo que si la chota, o el policía, pues, supiera español tampoco hubiera ido a parar al bote.

— Está usted en lo cierto, compadre Epifanio, está usted en lo cierto...

— También a mí se me ocurre preguntar, ¿y qué hacen nuestros licenciados y políticos?

— ¡Ah, compadre Epifanio, se me hace que usted es un pícaro! Usted sabe muy bien que muchos de los nuestros se han voltiado pa'l otro lado y nos han dado las nalgas.

— También está usted en lo cierto, compadre Epiceno, también está usted en lo cierto.

Y los dos compadres quedaron mirándose uno al otro fijamente, reconociendo algo de lo que ambos sabían hartó bien, y que, por tanto, no necesitaban intimarlo.

Los que prometen mucho y...

Habían llegado temprano al parque. Se sentaron, como de costumbre, en *su* banco de cemento. Era sábado, y se habían congregado algunas familias con sus hijos para una comida de campo. El día estaba cálido y el sol resplandecía todavía por el oeste. Los niños jugaban con los padres, mientras las madres ponían las mesas, esparcidas por aquí y por allá. Los compadres estaban de buen talante y comenzaron a platicar.

— Compadre, qué bonito ver a las familias juntas ansina y entretenidas.

— Sí, compadre. Y más bonito todavía sería si continuaran de esta manera por muchos años más.

— Sí, pero la vida es muy mañosa y da muchas vueltas. Sus padres se quedarán solos y los hijos, después, cada uno por su lado.

— Así es la vida, compadre Epifanio, así es la vida.

— Sí, pero lo penoso, compadre Epiceno, es que esos hijos que usted y yo vemos horita tan contentos y juguetones se irán al Armi y, después, ni se acordarán de sus padres.

— No sea tan pesimista, compadre.

— Pero si es la puritita realidá. Hoy la vida no es como la de endenantes. Hoy cada uno va a lo suyo, y, si no, mire lo que pasa en los barrios. Y, sin ir más lejos, mírese usted y míreme a mí.

— A ver, compadre, diga las cosas más claro.

— Pos mire nomás. ¿En dónde está mi ahijado el Manny? ¿Y la Rosie?

— Pos sí, compa, cada uno por su lado. Le crecieron las alas a mis hijos y prendieron el vuelo. Y ahora... ni nos vienen a visitar. Nomás pa' Crismas. Quesque... trabajan mucho. ¡Quién sabe! Y la vieja, que Dios la tenga en su gloria, pos... a chilla y chilla, y a limpiarse las narices.

Los dos compadres se quedaron taciturnos por un rato. Para que se les secan los ojos, miraban a todas partes. Las madres de los niños que jugaban, estaban muy hacendosas y contentas. De vez en cuando echaban una mirada cariñosa a sus hijos viendo cómo se entretenían correteando sudorosos y explotando en sanas carcajadas al ver que sus padres no podían robarse las bases con la facilidad de que eran capaces sus hijos. Y los dos compadres, desde la altura de sus años ya vividos, veían a estas criaturas crecer y volar... en aviones que los llevarían por todas partes del mundo, a "imponer orden".

— Pos sí, compadre Epiceno, también su ahijado, mi hijo el Johnny, quesque lo llevaron pa' las Filipinas, dizque pa' el Clark Airbase. El me dice que está contento, pero la verdá, pos yo no sé. Como escribe tan poco... Además tengo entendido que 'hora dizque los comunistas de las

Filipinas que se van a vengar de los americanos, y que no les permiten salir de las barracas de la base. Quesque los tienen bajo amenaza.

— Pos yo no sé, compadre Epiceno, porque el Presidente y la televisión dicen que nosotros no les hicimos nada, nomás les ayudamos con mucho dinero.

— Pero eso es lo que nos dicen, compadre, y yo como que ya no les creo mucho. Está todo tan revuelto y confuso que yo ya no sé a quién creerle. Hasta me da la impresión de que nos están engañando. Y lo peor es que no hay a quién arrimarse pa' que nos digan la verdá.

— Yo creo, compadre, que tenemos que ir y hablar con el senador Espinoza o con el representante Galindo. Esos nos dirán cómo van las cosas.

— ¡Ay, compadre Epiceno! ¡Qué sencillo es usted! Se me hace que ellos también están muy tapados. O, si no están, de seguro que juegan el mismo jueguito que juegan los otros.

— ¡Compadre Epifanio, se me hace que usted se malicia cosas que no son ciertas. Yo voté por ellos, porque ellos nos dijeron que iban a trabajar por la Raza. Créame, compadre, su ahijado el Johnny está en buenas manos. Nuestros políticos nos protegen.

— Compadre, con respeto y todo, se me hace que usted está un poco azonzado y que, de pilón, está diciendo más de una mensada.

— ¿Yo?

— Sí, usted. ¿O no es con usted con quien estoy hablando?

Se miraron los dos compadres de hito en hito. El coraje les brillaba en las pupilas de los ojos. Se dieron cuenta de que estaban a punto de faltarse al respeto. El amor que los unía, los detuvo. Se levantaron y, después de ver a las familias sentadas a las mesas, los padres sirviendo *hot dogs* y hamburguesas, los hijos aplacando el sudor con *kool-aid*, se retiraron lentamente del parque. Los dos caminaban juntos bajo el peso de la soledad.

Los dibujos animados

Era sábado por la mañana. Una mañana fresca y despejada. De esas hermosas mañanas de primavera, típicas del desierto y del Valle, cuando la sangre, incluso la de los entrados en años, se hace liviana y se desliza caprichosa por la venas, dándole al espíritu muchas ganas de vivir. Los dos compadres se dieron cita en el parque, en *su* parque San Lázaro. Era un sábado mañanero, cuando los niños se pegan a la televisión, con los ojos todavía medio entornados por el sueño.

—Compadre, aquí estamos en el parque, temprano. Apenas si salió el sol.

— Sí, compadre, pero es que en la casa no se aguanta a esta hora. Los nietos, que vinieron de visita de Califas, están como chicle pegados a la tele. Esos cartúns los tienen azonzados.

— Sí, compadre Epiceno, pero no se olvide que también nosotros, no hace muchos años, aún de mayores, también los mirábamos, ¿que no?

— Pos sí, compadre Epifanio, pa' qué decir mentiras.

— Y, ¿cuáles eran sus cartúns favoritos, compadre Epiceno?

— Pos pa' mí que el *Roadrunner* y el *Coyotito menso*.

— Compadre, ese cartún es estúpido.

— Sí, pero a mí me gustaba, pa' que vea. Fijese nomás, que el coyotito mentado, a pesar de darse siempre en la mera torre, quedar aplastado como un chicle, quebradas las piernas y quién sabe cuantas cosas más, ni se moría ni le pasaba nada. Quedaba enterito como antes.

— Pos ahí está el detalle, compadre, eso es de mensos, y el que lo mira, está aún más menso.

— ¿Me está llamando a mí menso, compadre?

— Pos usted mismo dirá. Yo nomás dije lo que dije.

— Pos está bien, pero no diga palabras insultativas... Oiga, compadre Epifanio, ¿y qué piensa usted del cartún *El Frito Bandido*?

— Compadre Epiceno, ese no era cartún.

— Pos... ¿qué era, pues?

— Ese era un comercial, que no cartún.

— Pos pa'l caso es lo mismo, compadre Epifanio, lo mismito, ¿que no?.

— Ya veo que se le está prendiendo el foco, compadre. "El Frito Bandido" era un comercial y... muy racista.

— ¿Que qué?

— Lo que oye, un comercial racista.

— Y ¿por qué?

— Abra los ojos, compadre, abra los ojos y despierte, que usted ya no es un niño. A ver, dígame usted, ¿qué es lo que hacía el Frito Bandido?

— Pos andaba con su burrito.

— ¿Y qué más?

— Pos vendía y comía fritos.

— Bien, pero ¿de dónde sacaba los "fritos"?

— Pos... ahí ya no sabría yo decirle, pa' que vea usted, ahí ya no sé. Supongo que los mercaba de uno de esos *Circle-Ks* mentados.

— No, compadre Epiceno, no los mercaba. Se los "robaba".

— Pero, ¿cómo que... se los robaba?

— Pos sí, como buen mexicano o chicano que era, se los robaba.

— Compadre Epifanio, eso no lo creo yo, ni lo acepto. Además, usted nos está llamando ladrones a los mexicanos y eso no está bien. El Frito Bandido era muy *cute* y chistoso. *That is all*.

— Oiga, compadre Epiceno, ¿con que se me está haciendo gringo ahora?

— ¿Yo gringo? *Never*. Porque diga unas palabritas en *English* de vez en cuando, eso no quiere decir nada.

— No nomás las palabritas, compadre Epiceno, sino las ideas.

— ¿De qué habla usted? A ver, explíquese, compadre Epifanio.

— Pos mire, compa, el Frito Bandido anunciaba papitas o *chips*. Eso era el propósito del comercial. Pero lo chistoso de él es que se las "robaba".

— ¿Y qué tiene eso de chistoso, compadre?

— Pos que se las robaba como "buen" mexicano.

— Eso no, sería en tal caso como "mal" mexicano, pero no como "buen" mexicano.

— Pos ahí está el detalle, pa' que vea usted, compadrito, ahí está el detalle. ¿No ve que uno no puede robarse lo que es suyo?

— ¿Cómo va eso, compadre Epifanio, cómo va eso? Repítalo otra vez, *please*.

— Límpiense los oídos antes, por favor.

— No insulte, compadre, y continúe.

— Pos como le iba diciendo endenantes, el Frito Bandido no robó los chips gringos al *Circle-K* de los gringos. Estos fueron los que le robaron las "papitas" chicanas al Frito Bandido mexicano. ¿No ve, compadre, que él las inventó y que fue el primero que las hizo?

— ¡Ah, chihuahua! Yo no había caído en ese detalle, compadre Epifanio. Pa' decirle la verdad, yo no había caído en la cuenta de eso.

— Lo peor, compadre, es que usted no es el único. Además, el Frito Bandido, y esto es todavía peor, fue desterrado de su tierra y tuvo que escaparse dizque pa' la luna pa' que lo dejaran en paz y no le robaran más.

— ¿Cómo va eso, compa, cómo va eso?

— Pero, compadre Epiceno, usted está bien tapao... Pos que se fue a la luna con su burro y con sus papitas, porque no lo dejaban en paz aquí, en su tierra, que también fue robada. Se las querían robar otra vez los *Circle-Ks* y él pos... no se dejó y se escapó a la luna.

— Compadre, párele ahí, párele ahí mismito. Usted me está vacilando.

— No, no lo estoy vacilando, compadre. Dígame usted, pues, ¿por qué fueron los gringos en esos cohetes a la luna? A ver, contésteme usted.

— Pos pa' adelantarse a los rusos. Eso es lo que he oído decir en la televisión.

— Pos no oyó muy bien, porque, además de eso, que es pura política, fueron detrás de las "papitas" del Frito Bandido, que es puro dinero. ¿Comprende ahora, compadre?

— Pos... no muy bien, pa' decirle la verdad.

— Pos eso ya no es culpa mía, compadre, eso ya no es culpa mía.

Los salones de baile

Hoy amaneció nublado. El meteorólogo anunció tiempo lluvioso para todo el día. Esto no impidió que nuestros dos compadres se dieran la acostumbrada cita vespertina en el parque San Lázaro. Venían bien arropados. El sol, aunque no se había puesto todavía, no podía derramar sus últimos rayos sobre los tristes árboles del parque. Era sábado por la tarde y la gente no se asomaba por el parque. Mientras unos estarían prendidos de la televisión, viendo telenovelas, otros muchos estarían preparándose para salir a uno de los tantos salones de baile esparcidos por los muchos barrios de la ciudad.

— Compadre Epifanio, a mí no me gustan mucho los sábados por la tarde. Se me hace como que son tristes.

— Así los ve usted, compadre Epiceno, porque ya va para viejo y no le dejan tranquilo esas riúmas que tiene usted. Pero, para otros, el sábado es lo mejor que les puede ofrecer la semana.

— Muy cierto, compadre, muy cierto. Ya vamos pa' viejos, y los sábados fueron hechos pa' la gente joven.

— Yo me acuerdo todavía cuando podía quemar las velas por los dos lados, compadre. Cuando uno es joven, no tiene tiempo de tentarse el corazón. Ahora ya de viejos, hasta las piernas no responden en el baile.

— Pos yo todavía las puedo. No hace mucho me fui a una boda y tiré un poco de chancla, compadre. Me cansé, pa' qué decir mentiras, pero me aventé una que otra pieza.

— Yo también, compadre Epiceno, pero ya no es lo mismo. Además que ya no tocan como antes. Ahora parece más ruido que otra cosa. Es más bien ese mentado *rocky*, a mí, para decirle verdá, pos no me cae.

— Pos a mí tampoco, compadre Epifanio. Si hasta parecen changos recién caídos del árbol.

De pronto se vio un relámpago acompañado de un trueno, y dejaron de hablar. Se abotonaron bien los abrigo y se frotaron las manos. Otro relámpago y otro trueno los hizo que se arrimaran más uno al otro. Las palomas y los gorriones se recogían y acallaban sus últimos gorjeos. Una ambulancia pasó cerca guiñando su ojo ensangrentado y rompiendo el silencio con su agudo llanto.

— Compadrito Epifanio, yo me acuerdo muy bien cuando, una de tantas noches de sábado, después de bien entrada la gente, alguien miró al Pata-e-chivo en el salón de baile, y la plebe comenzó a chillar.

— Supersticiones, compadre Epiceno, supersticiones.

— Yo también soy del mismo parecer, compadre, pero eso no quita que fuera cierto.

— Eso quiere decir, compadre Epiceno, que también usted cree en el Pata-e-chivo.

— No, yo nomás dije que fue cierto que la gente se alarmó.

— Pos la gente es mensa, porque esas cosas no existen.

— Y, ¿cómo está usted tan seguro de que no existen, compadre?

— Pos porque eso es invención de la gente.

— Yo no sé, compadre Epifanio, pero a mí se me hace que es difícil inventar cosas así.

— Pos así es. Alguna gente abusada se da mañas para todo.

— Y ¿cómo le hace?

Un tercer relámpago iluminó todo el parque. Algunas luces de las casas cercanas se apagaron y unas velas comenzaron a moverse en las ventanas. Parecían ojos de gatos endemoniados. El compadre Epiceno comenzó a girar sus partes masivas sobre el banco, y don Epifanio le llamó la atención.

— Está usted seguro, compadre Epifanio, que eso del Pata-e-chivo es argüende que se trae la gente?

— Pos sí, porque otras personas abusadas se lo meten en la cabeza.

— Y, ¿cómo va eso?

— Pos le daré un ejemplo. ¿Se cuerda usted, hace un año más o menos, que en el Gumersindo's Ball Room se apareció el Pata-e-chivo?

— Me acuerdo como si fuera ayer mismo.

— Pos, no fue cierto.

— Y, ¿cómo está usted tan seguro, compadre?

— Pos, porque la dueña del Rosie's Ball Room mandó al Gumersindo's Ball Room a un mafioso, de esos que abundan por los barrios, para que, a mitad del baile, comenzara a hacerse el borracho y a gritar de que había visto al Pata-e-chivo, despidiendo humo por los talones. Toda la gente se alarmó, comenzó a gritar y salió disparada por la puerta como si hubiera comido una docena de chiles jalapeños, de esos bien endiablados.

— ¡Pos qué cosa más chistosa! Yo nunca había caído en ese detalle. Así que fue una invención...

— No, compadre Epiceno, no se trata de que sea una invención de que exista o no exista el Pata-e-chivo. Lo que pasa es que alguien usó de esa creencia de la gente para hacerle daño al Gumersindo's Ball Room.

— ¡Ah, chihuahua! Ya voy cayendo en la cuenta. Por eso, al día siguiente, en la televisión, apareció el dueño del Gumersindo's Ball Room diciendo que "el Pata-e-chivo ya se había ido al Rosie's Ball Room", que ya podían volver a bailar en su Ball Room.

— Ya veo, compadre Epiceno, ya veo que está usted pelando los ojos.

— Bueno, pero ¿cómo se explica, pues, que el dueño del Gumersindo's Ball Room haya dicho que el Pata-e-chivo se había ido al Rosie's Ball Room y que ya podían volver a su Ball Room, si es que él no creía en el diablo?

— Ahí está el mero detalle, compadre, ahí mero está el detalle. La gente cree cuando quiere creer, y cuando no, pues nomás no.

— Ya entiendo, y mientras, los dueños de los Ball Rooms juegan con las creencias de la gente.

— Así es. Y no nomás los dueños de los Ball Rooms, sino también los dueños de las tiendas, de las iglesias, y también los políticos, los licenciados, y otros muchos.

— Pa' hacerse ricos, pues.

— Por ahí va la cosa, compadre Epiceno, por ahí va la cosa.

Los vendedores de carros (1)

Se dice que de cada cuatro personas en este país, una trabaja directa o indirectamente en el negocio de los automóviles. O sea, un veinte y cinco por ciento de la población. No es de maravillarse, entonces, que, entre los nuestros, haya muchos que se dediquen a este lucrativo empleo. A los dos compadres, siempre a la expectativa del vaivén de los barrios, no se les escapó este detalle.

— Compadre Epifanio, ¿no miró en que salió otro vendedor de carros en la tele?

— ¿Cuál de ellos, compadre Epiceno, cuál de ellos?, porque la lista es larga.

— Pos el mentado "El Charro".

— Pero, ¿cómo mero se llama, compadre?

— Pos... sepa la mamá del Chuy. El dice: "vengan, vengan todos a ca' El Charro". No dice más nada. Así se la pasa con lo de "vengan, vengan", y nada más.

— Como todos o casi todos, compadre Epiceno. Usan sobrenombres muy mexicanos, dizque para que la Raza se "identifique" con las cosas mexicanas. Pero casi, casi le apuesto que de mexicano nomás tiene el apodo. Compadre, ¿es güero o prieto?

— Pos tira más bien pa' güero, pero el bigote lo tiene bien grueso.

— Eso no dice nada, compadre Epiceno. Se lo habrá pegado nomás para el comercial.

— ¿Quiere decirme usté, compadre Epifanio, que a lo mejor es gringo y que se pegó un bigote mexicano?

— Todo puede ser, compadre, todo puede ser.

En ese momento pasó por delante de ellos una pareja de jóvenes que, aparentemente, estaban en las primeras fases de enamoramiento. Él tenía aspecto de anglo y ella de mexicana. Aunque iban asidos de la mano, no daban señas de exhuberancia romántica. El joven americano decía de vez en cuando alguna que otra palabra en español y a la mexicana le asomaba una sonrisa placentera.

— Compadre Epiceno.

— Diga, compadre Epifanio.

— Ahí va otro futuro vendedor de carros. Se llamará pos... "El Tapatío".

— No sea malicioso, compadrito, no sea mal pensado.

— Pos yo conozco muy bien a uno de esos vendedores. "Puro mexicano", como dice él. Un día le pregunté que por qué decía que era "puro mexicano", y me dijo que había otros que no lo eran, aunque se llamaban así, pero que en realidad no eran.

— Compadre Epifanio, yo estoy muy confuso. Uno ya no puede saber quién es quién y quién no es quién.

— Es que se cambian de nombre, de apodo y de identidad como usted y yo de ropa.

— Será usted, compadre, porque lo que soy yo, aunque quisiera, no tengo mucho que cambiar, a no ser un par de camisas, y no muy buenas.

— No sea menso, compadre Epiceno, es nomás una manera de hablar.

— Pos sígale, pues.

— Pos, como le iba diciendo, a algunos, cuando les conviene, son mexicanos y cuando no, pues nomás no. Quieren ser como los camaleones, pero, aunque quieran, no pueden.

— A ver, compadre Epifanio, ¿cómo va eso?

— A veces, compadre Epiceno, a usted se le ve la cara de menso. Pos dije lo del "camaleón", porque el camaleón cambia de color según en donde esté, en una rama verde, en un palo seco, en una piedra, no importa, pero cambia de color para que no lo vean.

— ¿Como una campamocha, compadre?

— Más o menos, más o menos. Y, además, como tienen que usar español, dicen cada barbaridad que si sus madrecitas, que en paz estén, los oyen, pondrían el grito en el cielo.

— Compadrito Epifanio, acaba de decir usted una cosa muy curiosa.

— Diga usted, compadre Epiceno, diga usted, porque yo no sabía que yo fuera curioso, ni chistoso.

— Pos usted dijo que si las jefitas les oyeran hablar ansina, que "pondrían el grito en el cielo", y yo me pregunto que, si ellas ya están en el cielo, ¿por qué tienen que "poner el grito en el cielo?"

— Compadre Epiceno, yo me creí que usted era un poco menso, pero, como se puso al alba, voy a tener que cambiar de opinión.

— Pos como usted quiera, compadrito, como usted quiera.

— Pos, como le decía antes, compadre Epiceno, el vendedor que decía que era "puro mexicano", aunque era chicano, apenas sabía decir dos o tres cosas en español.

— ¿Así tan bruto era?

— Pos, afigúrese usted que en lugar de decir que vendía carros "a los mexicanos", decía "yo vendo mexicanos". ¿Cómo la ve usted, compadre Epiceno, cómo la ve?

— ¡Ah, chihuahua! Lo que usted quiere decir, compadre Epifanio, es que él es un "vendido" que "vende mexicanos".

— De lo segundo estoy cierto. De lo primero ya no estoy tan cierto, aunque hay muchos de ellos. Solamente hablan español cuando quieren "vender" algo a los mexicanos. Entonces son "puros" mexicanos.

— Se me hace que son un tantito gachos, ¿que no?

— Puede quitarle ese "tantito", compadre, no sea usted tan dadivoso.

— ¿Tan... qué?

— Tan "dadivoso", tan... generoso, tan... zonzo, pues.

— Ahora sí entiendo.

— Compadre Epiceno, ¿es que no ha ido usted nunca a la escuela o qué?

— Pos... sí, pero es que esa palabrita, pos... la mera verdad nunca la oí, ni en los sermones del Padrecito Escamillo.

Don Epifanio le intimó a su compadre que le había entrado el deseo de echarse una "dos equis" bien heladita, a lo que don Epiceno no opuso resistencia. Los dos se fueron caminando a buen paso en dirección a la casita de don Epifanio.

Los vendedores de carros (2)

Seguían los días indecisos. Nublados, pero sin saberse a ciencia cierta si llovería o no. Esto no impedía que los dos compadres tuvieran sus "mítines", como ellos los llamaban, a esas citas acostumbradas. Ninguno de los dos había quedado satisfecho con la última charla. Volvieron sobre el tema.

— Pos sí, compadre Epiceno, nuestros vendedores de carros se avientan en español, aunque malo, cuando les conviene vendémoslos. No se tientan el corazón. Pero, después de que le venden el carro a uno, ya no necesitan más de su español mentado. Le dan vuelta al disco y escuchan y nos hacen escuchar otra música, la suya.

— Pos, aunque no le entendí todas esas palabras rasuradas que dijo, se me afigura que lo que hacen no está bien.

— Y eso no es todo, compadre, lo peor es lo del engaño.

— ¿Entoavía hay más? ¿No les basta a los tal por cual con ser "vendidos"?

— No es solamente el que sean vendidos, compadre, es que siendo "vendidos" venden cosas "vendidas".

— Ahí ya me perdió de nuevo usted, compadrito Epifanio, ahí ya me perdió usted. Acláremelo, por favor.

Don Epifanio trató de evadir el tener que continuar su análisis implorado, y lo rechazó llevándose la mano derecha a su melena canosa y desaliñada. Se sacudió un poco la cabeza y miró fijamente en la lejanía. Sus ojos se filtraron por entre los árboles desmelenados del parque. Al rato volvió en sí, y su compadre, don Epiceno, repitió la pregunta.

— Compadre Epifanio, ¿podría usted aclararme eso de que algunos de nuestros vendedores vendidos venden carros vendidos?

— Ahora sí que se aventó usted con tanto "vendido". Pos mire, compadre Epiceno, no es tan difícil entenderlo. Que hay chicanos vendedores de carros, es cierto; que algunos de éstos son "vendidos", tampoco hay duda. La dificultad está en saber quiénes son los vendidos y si esos carros son "vendidos".

— Ahí está precisamente el detalle que se me escapa a mí, compadrito Epifanio.

— Pos mire, compadre, esto se puede ver de varias maneras. Para comenzar, como usted sabrá, el negocio de compra y venta, y de cambiar de carros, es un negocio muy misterioso. Le ponen dos o tres precios en las ventanas y usted no sabe a cuál atenerse. En segundo lugar, le ofrecen una miseria de dinero por el suyo que quiere cambiar. Y después que, viendo nosotros que ellos tienen la cara prieta como la nuestra, nos creemos, como sencillos, que nos van a "dar el mejor

trato en toda la ciudad". Y ellos, que lo saben muy bien, pos no dejan de ser Raza por ser vendedores de carros, saben que somos, además de sencillos, ignorantes en estos asuntos de carros. Y, naturalmente, ahí ellos, como zopilotes, se aprovechan de nosotros. No nomás son "vendidos" algunos de ellos, sino que nos venden los carros "más caros" de lo que son, y también sospecho que nos los venden más caros que a los mismos gringos. A eso, compadre, le llamo yo carros "vendidos", por no ser los precios auténticos. Y, de pilón, nos los vende nuestra gente "vendida". Y ahí está el detalle.

— Pos entoavía me parece complicado todo esto, compadre, pero ahí lo dejamos pa' otro día.

Don Epiceno, a su vez, se llevó la mano a la cabeza y se la rascó como si le hubiera picado un mosquito. No sabía si su compadre le hablaba en serio o si le estaba tomando el pelo. Por otra parte, se imaginaba que bien pudiera ser solamente un juego de palabras. No volvió a la carga, y dejó el problema que se fuera aclarando solo. Pero, al cabo de un rato, fue don Epifanio quien se dio de voluntario y continuó con su argumento sin ser esta vez impelido por nadie.

— Hay algo más todavía, compadre Epiceno.

— Pos usted dirá, compadre Epifanio.

— Sí, se lo voy a decir para que se le aclaren un poco las ideas. ¿Usted sabía que los que venden esos carros a la palomilla, ellos mismos no los manejan?

— Se me hace difícil creerlo, compadre, porque yo vide con mis propios ojos el otro día que "El Charro", después del comercial, salió del *lot* manejando un *Ford pick-up* a toda eme, que había anunciado a un precio muy barato.

— ¿Y usted se lo creyó?

— Pos, ¿por qué no?

— Pos, para comenzar, él no trabaja en la construcción ni le hace de jardinero en la ciudad, ni cosa que se le parezca. El no necesita de *pick-up* para vender carros, a no ser para ir de caza a las montañas y cargar venados, que bien pudiera ser. En segundo lugar, que él a nosotros nos vende Fords, pero le aseguro que él maneja un Mercury o, de pérdida, un Lincoln. ¿Usted se cree que va a tratar de meternos a la palomilla un Lincoln por los ojos? ¡No sea sencillo, compadre! Él sabe muy bien cuánto dinero tiene la Raza en sus bolsas y no se va a hacer ilusiones. También sabe que a la Raza le gustan los *pick-ups*.

— Pos, si es así, es un desgraciado vendido, compadre Epifanio.

— Y lo peor no es eso. Lo peor de todo es que por las radios y por la televisión les dice a la Raza que no necesitan tener ahorros, ni crédito, y que aunque estén divorciados que él les arregla los pagos, y que, de pérdida, si nos han quitado las licencias "por borrachos", imagínese ¡qué bocota!, así, "por borrachos", que él podrá vendernos los carros o *pick-ups*.

— ¡Chin... huahua! Pos eso sí que está mal, compadre, eso está retemal, pa' qué negarlo. Aunque esos "vendidos" sean Raza, está muy mal.

Quedaron los dos compadres pensativos por un rato. Ya oscurecía y no sabían cómo romper el silencio que los rodeaba para levantar la sesión de esa tarde. Por fin, don Epiceno se atrevió a hablar.

— Compadre Epifanio, se me ocurre a mí, y es nomás una ocurrencia, y no lo tome a mal compadrito, se me ocurre a mí que por qué no se mete usted, tan inteligente y honrado que es, por qué no se mete usted a vender carros.

— ¡Será bruto usted, compadre!

— No se me enoje, compadrito, yo nomás pregunto.

— Pos, se lo voy a decir. No me meto a ese sucio negocio, porque quiero continuar siendo limpio y honrado.

Los políticos (1)

Era por el otoño. Ese año era un año de elecciones estatales. Una época en la que todos y todo se conmueve. Grupos de individuos, bajo sus diferentes banderas partisanas, se ponen en movimiento para apoyar a sus mejores amigos. Es la única época del año en que las divisiones de clases y los colores de razas se olvidan para trabajar juntos por "la causa común". La única desavenencia es la división de partidos. Después de las elecciones, todo volverá a lo "normal", es decir, a las mismas divisiones de clases y de colores. Los partidos se aplacarán y... cada uno por su lado y a su rincón. Todo seguirá como antes. Los barrios serán los mismos barrios, los ghettos no cambiarán de color y las colonias "de bien" lucirán sus hermosos zacates en frente de sus lujosas mansiones.

— Compadre Epifanio, nuestro barrio está como si le hubieran puesto cuetes. ¿No se ha dado cuenta usted del ruido que se trae la gente?

— Sí, compadre Epiceno, ¿cómo no me voy a dar cuenta si no puedo sentarme tranquilo, mucho menos tirarme en la cama para pegar el ojo y echarme una siestecita? ¡Andan llamando a la puerta cada cinco minutos a muelle y muelle! Quesque por quién voy a votar, quesque tenemos que poner otra vez en el senado a Alberto Espinoza, quesque Juan Galindo es el mejor representante de nuestro distrito, quesque... mitote y medio. ¡Ya ni la amuelan!

— Y usted, ¿qué hace?

— Pos yo les digo a cada uno que han perdido mi voto y que vayan a freír mulluelos a otra parte.

— ¿Nomás así?

— Nomás así. ¿Le parece poco?

— ¿Y por qué?

— ¡Cómo que por qué! Pos pa' que me dejen en paz y dejen de fregar. ¡Como si yo no los conociera a todos ellos...!

— Usted tendrá sus razones, pero yo creo que es un deber que todos votemos. Sobre todo ahora que la Raza sabe firmar su nombre. Andenantes pos... con una cruz bastaba, pero 'horita ya le podemos echar una "*signature*".

— Una firma, compadre, una firma.

— Pos una firma, pues.

— Dígame, compadre Epiceno, ¿usted va a votar nomás porque ya sabe firmar su nombre o porque tiene una filosofía política?

— ¡Ah que compadre Epifanio! ¡Usted se me está haciendo muy mañoso!

— Y, ¿por qué, si se puede saber?

— Pos... porque se avienta cada palabrita que le saca a cualquiera el hipo.

— Pos yo nomás arremedo a esos políticos por los que va a votar usted.

— ¿Y cómo va eso, compadre?

— Usted sabe muy bien, compadre, que yo no invento esas palabritas. Esas palabritas las usan los nuestros después de habérselas oído a los políticos gringos. Quesque "*my philosophy*", quesque "*our new political concepts*", quesque "*representation at large*", quesque tenemos que ser "*sophisticated*" y qué sé yo cuantos mitotes más.

— Pos sí que usted sabe de política, compadre Epifanio.

— Compadre, cálleseme la boca, por favorcito, que me está ofendiendo.

— Yo no tengo intención de ofenderle. Si algo he dicho es para... tratar de maderearlo. Eso es todo.

— ¡Qué simple es usted, compadrito! ¿No se da cuenta que esas palabras las digo yo porque se las oigo todos los días a esos candidatos nuestros? Yo mismo no sé muy bien lo que quieren decir. Aún más, me malicio que ni ellos mismos las saben. Pero de lo que sí estoy seguro es de que ellos saben que nuestra propia gente no las sabe. "Suena bonito", "deben saber mucho" y "tienen mucha escuela", dice nuestra gente. Y, de este modo, votan por ellos.

— Pos si saben mucho, ¿por qué no votar por ellos?

— Correcto. Pero el problema es que la gente se cree que realmente saben cuando, en realidad, repiten las mismas palabras de los políticos gringos. Como pericos, pues. Y, por lo tanto, no dicen nada original. Son ecos vacíos sin substancia. Que, al fin de cuentas, es como si estuviéramos votando otra vez por los gringos.

Se notaba a claras luces que don Epifanio estaba un poco alterado y que don Epiceno rumiaba esas palabras que no entendió, porque estaban en inglés y, aunque las hubiera oído en español, tampoco las entendería, porque nunca antes las había oído. Iba perdiendo su inocencia política a medida que su mejor amigo y compadre abría la boca. Don Epifanio se percató de la situación y, para no entristecerlo más, lo invitó a una dos equis a su casita.

Los políticos (2)

Al día siguiente ya estaban los dos compadres de vuelta en el Parque San Lázaro, en *su* banco favorito. La conversación entró, otra vez, y sin gran esfuerzo, por los senderos de la política. Aún guardaban fresco el tema del día anterior.

— Compadre Epifanio, quisiera que perdonara mi poco saber en estas cosas de la política, pero a mí se me figura que usted tiene algo en contra de nuestros políticos.

— Sí, pero en contra de todos los políticos, porque, después de tantos años de escuchar las mismas promesas, pos uno se cansa. Antes eran los gringos, después fueron los mayates y, ahora, llegaron los nuestros. Todos juegan su mismo jueguito usando las mismas reglas. Y, como dice el dicho, son "el mismo perro con diferente collar". No importa quién suba ni quién baje, las cosas siguieron, siguen y seguirán lo mismo. Y, si no, contésteme solamente a una pregunta, compadre, a una pregunta nomás. ¿Qué cosas han cambiado desde que elegimos por primera vez al Senador Espinoza y al Representante Galindo?

— Pos yo no sabría decirle, compadre Epifanio, la verdá es que no sabría.

— Pos ahí mero tiene usted lo que yo estoy tratando de ilustrarle. Y esto no es todo, compadrito, esto no es todo.

— ¿Entoavía hay más?

— Sí, mucho más. Creo, compadre Epiceno, que lo que le voy a decir lo va a entender retebién.

— Avíentese, pues.

— Pos mire usted cuántos comerciales políticos pasan por las radios. La KKDG, la KKAI y la KKOK, todos los días, a todas las horas, transmiten las voces y los mensajes de esos políticos. En español, compadre, en *Spanish Only*, aunque muy malo para decir verdad. Incluso los políticos gringos pagan buen dinero para hablar en *Spanish Only*. ¡Qué cosas más chistosas hay en la vida! A ver, compadre, a ver si usted sabe contestarme a estas preguntas.

— Pos a ver, compadre.

— ¿Por qué los gringos hablan en estos días en *Spanish*?

— Pos porque están hablando en radios mexicanas.

— Y, ¿por qué los gringos vienen a nuestras estaciones a hablar en *Spanish*?

— Pos porque quieren nuestros votos.

— Y, ¿cuántas veces, después de las elecciones, vuelven a nuestras estaciones a hablar en *Spanish Only*?

— Pos... nunca.

— Y, ¿por qué?

— Pos... porque ya se acabaron las elecciones.

— Muy bien. Ahora responda otra vez. ¿Por que nuestros políticos pagan dinero para hablar en *Spanish Only* en nuestras estaciones de radio?

— Pos por lo mismo, porque quieren nuestros votos.

— Y... ¿cuántas veces después vuelven otra vez?

— Nunca, porque ya no hay elecciones.

— ¿Y esto no le dice nada a usted?

— Pos, sí. Que todos se acuerdan de nosotros cuando quieren nuestros votos.

— Y, ¿a cambio de qué, compadre?

— Pos... dicen que nos van a representar ante las autoridades, que van a darnos más *food stamps*, que van a poner más alumbrado en nuestras calles, que van a pintar las cárceles por fuera pa' que se vean más bonitas, que van a hacer tumbar dos de nuestras escuelas, porque dizque están condenadas y que no quieren que nuestros chamaquitos se vayan a lastimar, que van a prohibir el bingo también, porque es un juego en que la Raza pierde mucho dinero y que es un vicio muy feo, y que... ya no me acuerdo de más, pero yo sé que prometieron más, muchas cosas más, pero mi memoria me falla, pues ya voy pa' viejo. Pero sí, todo eso dicen.

— En *Spanish*, ¿que no?

— Pos sí.

— Y, ¿sabe usted lo que pasa después de que se van con nuestros votos en sus bolsas?

— Pos que se olvidan de lo prometido.

— Correcto, con las muchas promesas que nos han hecho.

Los políticos (3)

— Compadre Epifanio.

— Diga ustedé, compadre Epiceno.

— Quisiera que me hablara más de la política y de nuestros políticos, porque ayer me dejó empicado.

— ¿Quiere saber más, compadre Epiceno?

— Pos sí, porque esto se está poniendo rebueno.

— Pos, como le decía, los que hablaron en nuestras radios en *Spanish*, se van después al Capitolio y dizque en este país se tiene que hablar *English Only*, que si la *Constitution*, que si *America*, que nos olvidemos ya de México, del *Spanish* y..., algún día, hasta nos van a prohibir comer tortillas y frijoles, tamales y qué sé yo cuántas cosas más, porque estas cosas no son americanas y quesque nos van a dar cáncer. Que si queremos comida mexicana, pos que tenemos que comprarla en Taco Bell.

— ¡Chihuahua, compadre, cuánto sabe ustedé!

— Pos admírese nomás, compadre, que en este jueguito están metidos nuestros políticos.

— ¡No, compadre Epifanio, no exagere! ¡Eso no pueden hacer mi Senador Espinoza y mi Representante Galindo!

— ¡Qué sencillo es ustedé, compadre Epiceno, qué sencillo es ustedé!

— Pero, compadre Epifanio, ¿a caso no sabe ustedé que estos dos políticos, cuando los vi en misa en mi parroquia de San Cirilo, hablaron a la gente en español y nos daban la mano y comían menudo con nosotros? Hasta le pidieron al Padrecito Escamillo que si les dejaba aventarse un sermón, que le prometían que lo echarían en *Spanish Only*.

— Pos todo eso será cierto, pero a la noche, esos mismos políticos, llevan a su esposa y a sus escuincles al *McDonald*, les hablan a sus buquis en *English Only* y, de pilón, no vuelven a misa hasta las próximas elecciones.

— ¡Ah, chihuahua! Pos, pensándolo bien, 'horita caigo en la cuenta de que durante el año no los veo por San Cirilo. ¡Tiene ustedé toda la razón, compadre! No había yo caído en la cuenta.

— Y aún hay más, compadre Epiceno, todavía hay más.

— ¿Más todavía, compadre?

— Mucho más.

— Pos ándele, que se hace tarde, compadre, y que se me queman los chiles también por saberlo.

— ¿Usted nunca se ha percatado de que vienen a hablarnos en *Spanish Only* en las estaciones de radio?

— Pos sí, eso lo sé.

— Y, ¿quiénes somos los que escuchamos las radios mexicanas?

— Pos los mexicanos y los chicanos, ¿quiénes más!

— Los mexicanos y los chicanos viejos, debiera añadir usted, porque los jóvenes ya no saben *Spanish*, ni bueno ni malo, sino que prefieren el *English Only* y la música americana.

— También eso he notado yo, compadre.

— Y ahora viene lo gordo, compadre Epiceno, ahora viene lo bueno. ¿A quién hablarán estos políticos cuando nosotros nos hayamos muerto?

— ¡Ah, chichuahua!, usted sí que se avienta, compadrito. Eso ni lo he pensado ni lo quiero pensar.

— Haga un esfuerzo, compadrito, haga un esfuerzo.

— Pos..., a nadie, creo yo.

— Está usted en lo cierto, como dice el otro, está usted en lo cierto.

En este momento se quedaron los dos en silencio. Parecía como si no pudieran con el peso de la desilusión. Toda la vida la veían ahora como si hubiera sido un esfuerzo inútil. Un inútil existir. Un existir de mexicano que no tendría razón de ser en el futuro. Un destino sin retorno.

— Compadre Epifanio, ¿quiere que le diga lo que siento aquí muy adentro?

— Avíentese, compadre Epiceno, por favor, dígalos.

— Pos que... me da miedo pensarlo.

— ¿Qué es lo que le da miedo pensar, compadre?

— Pos que, ya muertos nosotros, nadie se ocupará de lo nuestro, de nuestras tradiciones, de nuestras costumbres, de nuestros modales.

— Ni del *Spanish Only* mentado, ni de nuestras estaciones de radio, ni de nuestros votos, ni de nuestros barrios, ni de nada, ni de nadie. ¡Todo se habrá ido para no volver! Serán gringos prietos nuestros nietos.

— Esss...péee...rese un momento ahí, compadrito, espérese un momentito. No vaya tan rápido. Se me ocurre a mí una idea.

— Dígala, compadre Epiceno.

— Y entonces, ¿es que no van a seguir entrando los "mojaditos" hablando *Spanish Only*?

— Pos sí, pero... eso... ya no entra "dentro del juego" de los políticos gringos, ni de nuestros políticos.

— Juego o no juego, compadre Epifanio, pero eso es un hecho.

— Ojalá y tenga usted razón.

Los licenciados (1)

El otro día, cuando los dos compadres se fueron a sus casas, a don Epiceno le esperaba una noticia desagradable en su hogar. Un pariente suyo, domiciliado en Santa Ana, Sonora, después de varios años de estar trabajando y viviendo en el Valle, había sido detenido en una redada y, después de interrogado, fue llevado a la frontera con la amonestación de nunca volver a cruzarla so pena de ir a la cárcel indefinidamente. Ese día don Epiceno no las tenía todas consigo.

— Pos sí, compadre Epiceno, esas cosas ocurren cada día de a montón. No debía, pues, sorprenderle.

— Pos sí, compadre Epifanio, pero es que cuando le llega a uno a la familia, la cosa ya se ve de un modo muy diferente.

— ¿Me lo dice a mí, compadrito, que ya he pasado yo por esas mismas experiencias varias veces?

— Perdóneme usted, compadre Epifanio, pero yo no sabía que a usted también le había tocado la misma experiencia.

— Pos sí. A casi todos los que estamos ahora aquí, de este lado, nos han tocado, de una u otra forma, esas experiencias. Y eso, pa' que vea usted, compadre, eso ayuda un poco pa' soportar el dolor que siente uno aquí muy dentro.

Después de estas palabras, don Epiceno se había serenado un poco. Pero el pensamiento de que en dónde estaría ahora su pariente, cómo lo habría tratado la Migra, cuánto dinero tendría consigo, qué pensarían los parientes de su pueblo y de Magdalena, lo traían todavía muy acongojado.

— ¿Le parece, compadre Epifanio, que sería bueno hablar con alguno de nuestros licenciados, para ver si puede hacer algo?

— Compadre Epiceno, yo no quisiera descorazonarlo, pero me parece muy mala idea la suya.

— Y, ¿por qué, si se puede saber, compadre?

— Porque nuestros licenciados no son mejores que los licenciados gringos. Hasta estaría tentado a decirle y a aconsejarle que hablara mejor con un gringo.

— Y, ¿por qué?

— Pos porque, aunque son racistas y todo ese rejuego, el color del dinero les ciega el color prieto de las caras de nuestra gente. Además, cuando defienden a uno, el juez ve con mejores ojos a un licenciado gringo que a uno chicano, por las razones que le apunté.

— Entonces, compadre Epifanio, ¿pa' qué nos sirven nuestros licenciados?

— Pos, para decirle la verdá, compadre, no lo sé. Sé para qué debieran servir, pero de eso a que lo hagan hay un fregatal de distancia.

— Compadre Epifanio.

— Diga, compadre Epiceno.

— Usté, y perdone lo que le digo, usté me ha matado las ilusiones.

— Más importante es la realidad y la verdá, compadre. Imagínese que, después de estar usté enredado, no pueda salir del lío.

— Pos sí, tiene usté razón.

El labio inferior de don Epiceno se relajó y le quedó como adormecido. Una sensación de impotencia se apoderó de su alma. "¿Para qué tanto orgullo en que los chamacos vayan a la Universidad si después no se saca nada?", pensaba él aletargado.

— Compadre Epifanio, la "picture" que usté me pintó está bien fea. ¡Yo ya no sé qué hacer!

— Mire, compadre, no todos son malos licenciados, gracias a Dios. Yo nomás le hablé de los que no nos ayudan, para que se prevenga y no vaya a caer en la trampa, como con lo de algunos de nuestros vendedores de carros, pero éste es otro cuento del cual ya le platiqué en otra ocasión. Como me decía un amigo mío una vez: "viendo las cosas bien, es como mejor se ven", o, como decía el otro: "pele el ojo y póngase al alba", compadre.

— Ahora sí que le entendí bien, compadrito. Estas palabras bonitas sí las entiendo, las otras de otros días no me las podía figurar bien.

— Por eso se las dije, porque se me hacía que le iban a gustar.

Ya estaba oscureciendo. Los dos compadres se levantaron de su banco de piedra. Lentamente se fueron caminando hacia la calle Molina. No quedaba nadie en el parque San Lázaro. Algunas casas ya habían prendido las luces. Enfrente de algunas de ellas, sobre el pasto, se veía uno que otro viejo solitario con su bote de cerveza en la mano. Saludos monosilábicos rompían el silencio de la noche que se avecinaba. Al rato, los dos compadres fueron tragados por la noche.

Los licenciados (2)

— Volviendo al tema de que estábamos hablando ayer, compadre Epiceno, le voy a contar un caso, nomás uno de los muchos que me sé, para no aburrirlo.

— Pos, ándele, compadrito.

— Un día, un amigo mío, que trabajaba de "*social worker*", vino a verme pidiéndome un consejo. Me preguntaba si yo conocía a algún "licenciado Raza", como decía él. Yo le dije que sí, que conocía a dos o tres. Le di el nombre de uno de ellos, Peter Alegría, a quien la Raza le apodó "El Coyote". No me pregunte por qué, pero la Raza raramente se equivoca en esto de los apodos. Pos, como le decía, compadre, se lo aconsejé. El abrió tamaños ojos y me dijo: "pero si acabo de verlo y me pide, pa' comenzar nomás, 500 dólares.

— ¿Le pidió 500 dólares?", le pregunté yo asombrado.

— Sí, 500 dólares, nomás que pa' comenzar.

— ¿Y pa' terminar?", le agregué yo con picardía.

— ¡Ah, pos eso no me lo dijo!

— Pos, amigo", le repliqué yo, "vaya buscándose a otro licenciado. Ese no le conviene.

— ¿Pero si es de la Raza p' la Raza?, dijo.

— Pos Raza o no Raza, ese licenciado le está robando, concluí yo. Así que ve, compadre Epiceno, cómo andan las cosas. Un caso parecido al suyo.

— ¿Pos, qué hacer, compadre Epifanio, qué hacer? Mi pariente necesita de mi ayuda 'horita mismo.

— Pos vaya y trate con un licenciado gringo.

— Pero es que yo no sé inglés bien y... no sé si me vaya a engañar.

— Precisamente los nuestros fueron a la escuela, dizque para "ayudar a la Raza" que no sabe inglés. Y... pos, ya ve. Y permítame darle más detalles. Yo conocí a los padres de dos de estos licenciados. Gente buena, trabajadora y sencilla. También conocí a sus hijos, los que ahora son licenciados. Dos mocosos que no sabían otra cosa que desobedecer a sus padres, romper los cristales de las ventanas de las casas, tirarse encuerados en los canales en la época del calor, pero comiendo, como todos nosotros, frijoles y tortillas. Pos que, más tarde, al terminar la secundaria, dijeron que querían ser licenciados "pa' ayudar a la Raza". Esto fue por allá, por los años del Movimiento Chicano. Pronto se olvidaron del Movimiento, del ¡Viva Chicano Power! y de todo ese rejuego. Ahora, años después, pos que dejaron la camisa y los pantalones de los *Farm*

Workers y se mercaron trajes con corbata y chaleco y zapatos lustrosos. Desde entonces, "si te he visto, no me acuerdo". Hasta se me antoja pensar y ver que a sus mismos humildes padres les dará vergüenza, porque ellos, años atrás, también habían cruzado la alambrada.

— Pos sí que estamos fregados, compadre.

— Ellos dirán que son las exigencias de los tiempos y de la vida, y que hay que progresar, pero yo le diré que son, además de vendidos, unos aprovechados, unos chaqueteros y unos explotadores de su Raza.

— Fregaos estamos, compadre.

— Y esto no es todo, compa.

— ¿Entoavía hay más?

— Mucho más.

— Pos desembúchelo ya de una vez, porque será mejor pa' los dos. Pa' usted, porque se sentirá más aliviado, y pa' mí, pos pa' desilusionarme ya de una vez pa' siempre, y ansina no tener que esperar más nada de nadie, que, al fin, ya pronto voy a colgar los tenis.

— Pos, compadre Epiceno, como le decía, la cosa va más lejos. Estos licenciados, después de haberle quitado el poco dinero que tiene la Raza, pos que se van metiendo a la política pa' "poder ayudar más a la Raza". ¿Cómo la ve, compadrito, cómo la ve?

— ¡Ah, chihuahua!

— Y como ya sabe usted retebién, vienen por las puertas quitándonos los votos, van a misa los domingos de elecciones pa' que los veamos bien encatrinados, y se quedan pa'l pozole y pa' periquear con los parroquianos. Después van a las radios mexicanas, y hasta tratan de hablar en *Spanish* imitando a los gringos, compadre, como los gringos del *English Only*, cuando vienen hablando *Spanish* en nuestras radios, compadre. Si hasta es pa' reventar uno de risa, compa, y pa' no morir de un torzón y de coraje. Y esto es todo, y no tengo más que añadir... por hoy.

— Pos se me afigura a mí que es bastante lo que ha dicho ya, compadre Epifanio, bastante ya.

Después de estas palabras, no había manera de restablecer el diálogo, o monólogo, y calladamente se retiraron los dos compadres, cada uno para su casa. Detrás de ellos quedaba una estela fría que invadió todo el Parque San Lázaro.

El chicano y el sistema judicial (1)

Era a principios de primavera, y, por esos días, se había discutido mucho en la televisión el problema de las cárceles, la cantidad de prisioneros, el espacio reducido en que vivían, la rehabilitación de los mismos y, sobre todo, por qué había tantas personas que se descarrilaban de los caminos trazados por una sociedad civilizada.

— Compadre Epifanio, hace algún tiempo que vengo con ganas de comunicarle algo que me dijo un amigo mío, y quisiera saber qué piensa usted sobre esto.

— Pos diga usted, compadre Epiceno.

— Pa' decirle la verdá, a mí se me hace un poco difícil de creerlo, pero usted dirá.

— A ver, pues, desembúchelo.

— Este amigo mío, muy Raza, me dijo que casi la mitá de los que están en la pinta del estado son chicanos. Y que, pa' fregarla, que un juez de los nuestros, también Raza, que los metió en el bote. ¿Cómo la ve usted, compadre?

— Algo de eso he oído, compadre, y también se me hace difícil creerlo. Pero, al mismo tiempo, a como están las cosas hoy día, todo es posible.

— ¿Qué es lo que se le hace posible, compadre, que nuestro juez haiga metido a tantos de los nuestros en el bote o que la Raza sea tan bruta ansina como pa' estar en la pinta?

— Las dos cosas, compadre, las dos cosas. Este mundo de hoy día está muy complicado.

Don Epifanio sacó del bolsillo izquierdo de la camisa una cajetilla de cigarrillos y el encendedor. Prendió uno después de humedecer la boquilla con los labios. Dio unas hondas bocanadas mientras se preparaba para contestar a las preguntas de don Epiceno.

— Compadre Epiceno, lo primero que me viene a la mente es que lo que nos dicen es puro mitote. Eso para comenzar. La gente repite lo que oye, y lo que oye es nomás lo que le dicen. Y lo que le dicen es lo que oyen de otros a quienes también se lo han dicho.

— Un momento, compadre Epifanio, un momentito. Usted lo está poniendo todo muy complicado. Dígame lo que usted piensa, y ya.

— Pues para allá voy, si usted me deja hablar.

— Perdóneme, pero es que usted, chihuahua, a veces pone la cosa muy complicada.

— Pues, como le iba diciendo, lo complicado viene del chismorroteo, no de mí. Por eso tengo que abrirme camino por entre tanto mitote. Pos sí, compadre Epiceno, como le decía, a la gente

le gusta hablar e inventar. Pero, al mismo tiempo, también tiene razón, porque la sociedad, al no decirnos la verdad, tenemos que inventarla nosotros. ¿Comprende, compadre?

— Pos no muy bien, pero, por favor, déle al clavo, y ya.

— Pues, vayamos al punto. No se me hace imposible que ese juez Raza, que usted menciona, haya metido a tantos de los nuestros en la cárcel. Y esto por una o dos razones. Es que, compadre Epiceno, después de decirnos tantas veces y, por tanto tiempo, que nosotros no somos como ellos, pues llegamos a la conclusión de que tenemos que ser algo diferentes. Y por ahí comienza el detalle.

— Pos yo no veo ningún detalle ahí, compadre. Semos diferentes, y ya. Pero, de ahí a que haiga tantos en la pinta, hay que dar un gran brinco, ¿no se le hace a usted, compadre?

— Pos sí, pero vamos poco a poco. Como le decía, compadrito, al no ser como ellos, pos ellos nos ven como diferentes, algo así como que no encajamos en sus modos y en sus vidas y en su sociedad. Y esto, creo yo, que es algo grave para ellos.

— ¡Ay, compadrito!, si no me habla más claro, me deja como estaba.

— Tenga paciencia, que para allá vamos. Si usted ve, pongamos por caso, a un hombre raro por la calle, que habla otra lengua, que camina diferente y que lo mira de reojo, usted luego luego reacciona. Y, si reacciona, es porque le entra una cosa así como miedo, o, por lo menos, no se siente muy tranquilo. Esto lo predispone a usted a lo que dizque es un prejuicio.

— Compadrito, compadrito, ya vuelve usted con sus palabritas. Hábleme como a la gente, por favor, que yo soy gente también.

— Pos, como le decía, cuando le da miedo a usted, cree que la otra persona tiene malas intenciones, y, por consiguiente, que ese hombre no es gente de bien. Luego se cree que es ladrón y, después, que hasta lo quiere matar.

— ¡Ah que compadre! Usted es un abuso. Se me adelanta un tantito ansina.

— ¡No me diga usted, compadre Epiceno, que usted no ha tenido una experiencia como ésta!

— Pos algo ansina me ha pasao, compadre, pero de ahí a que usted diga que yo quise matar a alguien, pos eso es meramente dar un brinco muy grande, ¿no se le hace, compadrito?

— Pos realmente, no, compadre. Porque así comienzan las cosas.

— Vamos a decir que entiendo eso que usted me dice, compadre, pero entoavía le queda por decirme lo que le dije que me dijeron. ¿Por qué hay tanta Raza en la pinta y por qué hay jueces Raza que meten a tantos de los nuestros en el bote?

— Pues, para allá voy, compadre, para allá voy.

— Pos ándele, porque siempre me dice que "para allá voy..." y se me hace que nunca llega.

— Bueno, compadrito, yo creo que va a tener que esperar, porque se nos está haciendo tarde y pos, para los viejos como yo, tenemos que hacer como las gallinas, acostarnos temprano.

— Sí, compadre Epifanio, pero me dejó con las ganas de saber qué piensa usted sobre lo que le intimé.

— Mañana continuaremos, compadre Epiceno, mañana platicaremos más.

— Pos no se olvide de la promesa, que usted en veces se me raja.

— Esta vez no será, compadre, esta vez no será.

El chicano y el sistema judicial (2)

— Pos, como le iba diciendo ayer, compadre Epiceno, una vez que los otros, la sociedad, nos cree "diferentes" no es para nada bueno. Nos tienen algo así como miedo. Una vez que no confían en nosotros, nos creen que estamos inclinados al mal. De ahí a creer que somos culpables de los crímenes que ocurren en la sociedad no hay más que un paso, compadre.

— Sí, compadre Epifanio, pero una cosa es que ellos creen que somos culpables y otra que haigamos hecho un crimen.

— Compadre Epiceno, usted está en lo cierto, pero se le olvida un detallito muy importante.

— Diga usted, pues, compadre Epifanio, diga usted pues.

— Pos que, como usted sabrá muy bien, ocurren muchos crímenes en la sociedad que nunca atinan con quién los hizo. Al no atinar, tienen que sospechar. Y al sospechar, tienen que sospechar de alguien. Ahora usted imagínese de quién van a sospechar.

— ¡Ay, compadre, se me hace que usted es mal pensado!

— Seré mal pensado, compadre Epiceno, pero al decir usted eso ya está aprobando mi sospecha.

— A ver, compadre Epifanio, a ver, explíquese.

— Pos que al hacerme usted esa observación, usted mismo se da cuenta de que estoy en lo cierto. De que usted también piensa de que la sociedad cree que nosotros, la Raza, estamos inclinados al mal, y que, cuando pasa algún crimen que no pueden resolver, la policía y todos piensan que nosotros lo hicimos, nomás porque "somos diferentes".

— ¡Ay, compadrito! Veo lo que usted está tratando de decir y, pa' decirle la mera verdad, no me gusta nada.

— Pos a mí tampoco, pero así es la cosa.

— Sí, pero no me gusta nada....

Los dos compadres se quedaron pensativos. A lo lejos vieron a un hombre que cruzaba solo por el parque. Iba a paso largo, como si tuviera prisa. Por el andar se le notaba que no era del barrio. Inmediatamente, los dos compadres se cruzaron las miradas. Lo siguieron ambos con la vista hasta que desapareció por una de las bocacalles del barrio. Se cruzaron los pensamientos. No se dijeron nada.

— Pos sí, compadre Epifanio, entoavía no me explicó por qué el juez ese mentado metió a tanta Raza en el bote.

— Pos, compadre Epiceno, esto se desprende de lo que le decía antes.

— Y, ¿cómo va eso?

— Pos que el juez ése, que también es Raza, se cree que es de los otros y, por consiguiente, se porta como ellos.

— ¡No me diga que es un "vendido" ese mocoso, compadre!

— La Raza, compadre, dice que esa gente es "vendida", y dice bien. Pero no estoy seguro de que sepa qué quieren decir cuando llaman a uno "vendido".

— Pos un vendido es un vendido, y ya, ¿que no?

— Pos sí, pero mucha de nuestra gente no se detiene a pensar por qué uno es vendido.

— A ver, pues, aviéntese usted, compadre.

— Pos, pongamos por caso a ese juez Raza que usted mencionó antes. Ese juez, para llegar a ser juez, ha tenido que estudiar las leyes del sistema. Y, como le expliqué el otro día al hablar de nuestros licenciados y de nuestros políticos, han tenido que ir al College y a la Universidad. Ahí aprenden el sistema, que es de los gringos, no de la Raza. Y, después de estudiar el sistema, ven las cosas desde el otro lado, no desde el nuestro.

— Entiendo eso, compadre, pero eso no les quita de que sean Raza.

— Sí, Raza en cuanto al color de la piel, porque no se la pueden pintar de otro color, pero la cabeza, la mente les cambió de color.

— 'Horita ya veo, compadre, 'horita ya estoy viendo. Sígame, *please*, sígame.

— Pos que al llegar a ver las cosas desde el otro lado, también quieren que los gringos los vean a ellos como a gringos, ¿comprende?

— Pos sí, eso se me hace fácil de ver, pero sígame, no se detenga, compadrito, sígame.

— Pos al querer que los vean como gringos, quieren comportarse como ellos. Y, para ello, tienen que hacer las cosas como las hacen los gringos, y... todavía mejor que ellos. Tienen que probarle a los gringos que no sólo saben bien sus leyes, sino que también saben que su propia gente, la Raza, está inclinada a hacer maldades y crímenes.

— ¡Ah, chihuahua! Entonces, compadre, son unos cabr...ramba, perdón, unos... "vendidos".

— Por ahí vamos, compadre, por ahí vamos. Y, de pilón, tienen que mostrarles a los otros, a la sociedad, pos que ellos, nuestros jueces, no toda la Raza, pero que ellos solamente ya no son Raza, que ellos son como los que los educaron en el College y en la Universidad.

— Que ellos ya son "diferentes", pues, ¿que no, compadre?

— Usté ya le está dando en el clavo, compadre Epiceno.

— Sígame, compa, sígame y no se me detenga ahí.

— Pos, para terminar, le diré que, al sentirse ellos educados por gringos y pensar como gringos, pos que nosotros, la Raza y el pueblo, pues, que somos "diferentes" de ellos y que, por consiguiente, nosotros, no ellos, somos los causantes de casi todos los males y crímenes.

— ¡Ah, chihuahua! Usté se aventó, compadre Epifanio. Pero, pa' decirle la mera verdá, también me dejó un poco pensativo y triste.

— Así es la vida, compadre Epiceno, así es la vida.

Después de un breve momento, los dos compadres se fueron caminando lentamente hacia la calle Molina. Al entrar en la bocacalle, volvieron a ver al hombre raro y desconocido que, por el otro extremo, cruzaba la calle velozmente. Los dos compadres se cruzaron silenciosamente las miradas.

La mano de obra mexicana

Era a principios de verano, el tiempo de la cosecha de muchas de las hortalizas que se dan por varias partes del estado. Como ocurre con frecuencia en estas ocasiones, después de haberse recogido algunas de las cosechas, comienzan las redadas de los indocumentados. Este año no fue ni será diferente de los otros.

— Compadre Epifanio, ayer oí en las noticias de la televisión que la Migra se llevó a muchos mojados pa' México. Yo no me explico cómo es que los agarran de este lado y no los pueden agarrar en la frontera mejor. Usté, ¿qué piensa?

— Otra vez, compadre Epiceno, esto es bastante complicado. Yo mismo le doy vueltas a la cabeza y siempre me resulta difícil. Pero, aún así, tengo mis propias ideas.

— Pos me gustaría oírse las, aunque yo también tengo las mías.

— Pos aviéntese pues, compadre, porque yo soy el que estoy hablando siempre.

— Pos yo no me opongo a que los mexicanos crucen la alambrada, compadre Epifanio, porque los pobres necesitan dinero pa' sus familias, que dizque tienen hambre y que allá por México pos que hay escasez de trabajo y aquí pos parece que no hay muchos que le quieran entrar al jale del fil, pos porque es duro y hace mucho calor.

— Pos sí, compadre, eso es muy cierto, pero a mí me gusta indagar más. Eso nomás no basta.

— Pos aviéntese con sus ideas.

— Lo que usté dice, compadre Epiceno, es muy cierto. Pero yo me hago muchas preguntas. Por ejemplo, ¿por qué venir aquí y buscar trabajo? ¿Por qué México no les dan trabajo? ¿Por qué, cuando es el tiempo de las cosechas, entran muchos y cuando no, pues no entran tantos? ¿Quiénes los pasan y quiénes los contratan? Y, una vez aquí, ¿por qué no los dejan ya aquí si es que los van a necesitar otra vez, y pronto?

— Pos yo, compadre Epifanio, también me hago las mismas preguntas, pero no doy con las respuestas.

— Pos, para comenzar, compadre, nos informan mal sobre nuestros primos los mexicanos que cruzan. Por la televisión nos dicen que cruzan para buscar jale y que vienen a sacarnos el pan de la mesa y que no saben inglés y que son una carga muy pesada para los que pagamos taxas y quién sabe cuántas cosas más, ninguna de ellas bonita. Y la mera pelona verdá, compadre, se me hace que no nos están diciendo toda la verdá.

— Eso, compadre Epifanio, eso es lo que yo me malicio también, que no nos dicen toda la verdá.

— Mire, para ponerle nomás un caso, y es nomás un caso, ¿qué le pasaría al melón, a la naranja, al algodón, a la lechuga y a tantas cosas más si no fuera por tantos miles de mexicanos que vienen a levantar la cosecha para que nuestra sociedad tenga estas cosas en sus marquetas y en sus mesas?

— Pos se echarían a perder en los files, compadre, se echarían a perder.

— Y, al perderse la cosecha, este gobierno tendría que importar tomates y otras muchas cosas más de otros países, sobre todo de México, y esto le costaría mucha plata. Porque dése cuenta de una cosa, compadre, que la gente americana no toleraría que faltasen estas cosas de sus mesas.

— Pos eso no hace sentido, compadre Epifanio, porque estos mojaditos podrían quedarse en México pa' cultivar en sus milpas lo que aquí plantan y recogen, y ansina no era necesario que cruzaran la alambrada.

— Correcto, compadre Epiceno, pero así volvemos a lo de antes, que este Gobierno tendría que pagar todo más caro y que, por otra parte, estas tierras quedarían sin sembrar y sin cosechar y pos, a la larga, saldrían perdiendo. Y esto, como usted puede ver, compadre Epiceno, no le conviene al Gobierno americano. Por eso le ordena al Gobierno mexicano que no produzca tanto porque, si no, le va a cortar la "ayuda". Porque, como sabrá usted, compadre Epiceno, Estados Unidos manda en México. Y eso de "Viva México" y "México lindo y querido" pos son cuentos de hadas y cosas que el Gobierno mexicano les mete en la cabeza para distraerlos y que, para qué negarlo, también les gusta escuchar y gritar a los mexicanos para ocultar la tristeza, aunque me malicio que ellos ni cuenta se dan y no saben por qué lo están diciendo. Los dos gobiernos tienen bien tapada a la gente.

— Ya voy viendo lo que usted dice, compadre, ya se está haciendo más clara la cosa. Pero, compadre Epifanio, aunque esto ya lo voy entendiendo, entoavía hay muchas cosas que no las veo muy claras, como quién los pasa, a dónde los llevan y cosas ansina.

— Pos, compadre Epiceno, también yo me las pregunto, pero se me hace que hay que dejarlo para otra ocasión, porque ya mero me siento cansado.

— Pos pa' mañana lo dejamos, pero no se me vaya a rajar, compadrito, porque yo lo conozco muy bien.

— Pos recuérdemelo usted mañana y volveremos a platicar otro poco.

— Pos ya estuvo, pa' mañana, pues.

Los coyotes

— Compadre Epifanio, ayer me prometió que seguiría contándome sus ideas acerca de los pobres campesinos mexicanos que vienen buscando jale pa' este lado. ¿No se olvidó de la promesa?

— No, no me olvidé. Pero es que es tan complicado que me voy a limitar a un punto nomás.

— Pos ándele, aunque nomás sea un punto. Pero avíenteselo a toda eme, compadrito, que se me queman los chiles.

— Compadre Epiceno, estuve pensando en lo que usted mencionó ayer sobre quién pasa a estos pobres mexicanos.

— Pos sí, ¿quién los pasa? Yo sé que hay los que nombran "coyotes", pero de ahí en adelante ya no sé cómo va la cosa.

— Pos esos que usted dice "coyotes" pertenecen a la especie más baja de lo que ha producido la humanidad. Son personas que venden a su propia madre para quedar bien con el gringo y con la billetera. No tienen escrúpulos, no tienen conciencia y no tienen corazón ni sentimientos para el pobre y para el desgraciado. Son como las sanguijuelas, las chinches y los piojos. Para poder engordar chupan la sangre de los que les dan jale. Son unos desalmados.

— ¡Ah, chihuahua, compadre! ¿Ansina de malos son?

— Y peor, compadre Epiceno.

— Pero, ¿cómo pueden ser entoavía peor?

— Pos dejando a estos desafortunados mexicanos a que se mueran en el desierto para comida de zopilotes o para que se vuelvan cecina.

— Compadre, eso ya se me hace difícil creerlo, pa' que vea, eso ya es gordo pa' tragar. Usted me está vacilando, compadre Epifanio, me está vacilando.

— Pos si no me lo cree, pos ya sabe, me tapo el hocico, y ya.

— No, compadrito, no se me enoje, continúe, que le prometo creérselo todo.

— Pos como le decía, esta gente es de la especie de las víboras, de los escorpiones y de los zorros. Por algo la Raza les llama "coyotes". Porque no trabajan y se tragan lo que no es suyo.

— Bueno, pero ¿cómo le hacen?

— Pos de muchas maneras se dan maña. Tengo que decirle también que estos animales están emparentados a los esquiroles, a los enganchadores y, sobre todo, a los burreros. Los coyotes tienen contactos del otro lado y también de éste. Allá se valen de los enganchadores y burreros mexicanos para asegurarse del número que necesitan. Ya aquí, el coyote los lleva a los ranchos y, después de cobrarles buen dinero a los pobres mexicanos, cobran también a los rancheros gringos por el servicio de habérselos entregado a la entrada del rancho. Eso cuando les va bien, porque cuando huelen a los de la Migra, los dejan abandonados a que se tatemén en el desierto, como si fueran lagartos.

— Pero esto, compadre Epifanio, es muy grave. Esto es un crimen contra la humanidad. ¿Cómo es posible que un mexicano le haga a otro mexicano tanta maldad, compadre?

— Eso viene, a mi parecer, de muy lejos, compadre Epiceno. Viene del sistema de los dos países. Allá se roban lo poco que tiene la gente pobre y acá explotan a esa misma gente pobre.

— Es decir, compadre, que no tienen a donde arrimarse.

— Eso mismo, compadre, eso mismo. Y, después, el ladrón más feo es el que negocia entre los dos países. Este ladrón es el "coyote" mentado. Roba a dos manos, y, de pilón, no se tienta el corazón.

— Pos eso es de un gacho, compadre, y perdone la expresión, pero eso es ser un puritito gacho.

— Y a esto, compadre Epiceno, hay que añadir que, como el mexicano no sabe inglés, le meten "gato por liebre", como dice el dicho. Aún más, y esto lo vi yo con mis propios ojos, compadre, y Diosito sabe que no miento, yo vi que uno de esos sin madre les vendió una vez *dog food*, sí, latas de comida de perro a los pobres indocumentados que no sabían inglés.

— Eso, compadre Epifanio, es ser puritito cabrón. Y esta vez, compadrito, ni siquiera le pido disculpas por esa palabrita. Eso es ser puro ching... cabr... brón. Su madre debería renegarlo como a hijo bastardo. ¡Es un malhaya, compadre, un verdadero malhaya!

Don Epifanio ya no dijo más nada, porque vio que su compadre don Epiceno mostraba síntomas de coraje incontenible. Lo dejó que se desahogara por un rato. Por fin, don Epiceno sacó de su bolsa un pañuelo de colores cuadriculados, sonó fuertemente las fosas nasales y dijo: "Compadrito Epifanio, cuando esté guste ya nos podemos ir".

De cómo algunos chicanos ven a sus hermanos mexicanos

En más de un siglo, el río y la alambrada han separado a la gran familia mexicana de ambos lados de la frontera. Las relaciones entre ellos siguen vigentes, a pesar de la enorme vigilancia. Pero, debido a esta vigilancia, las diferencias entre los parientes de Raza continúan incrementándose. Hasta tal punto que, en muchos casos, el reconocimiento entre ambos lados se va nublando.

— Compadre Epifanio, el otro día oí por la radio una cosa que se me hizo difícil de creer.

— Diga usted, compadre Epiceno, diga lo que oyó y en qué estación de radio.

— Lo que oí se lo diré, pero en qué radio, eso ya es... secreto profesional.

— ¡Ay que compadre! Ahora es usted el que me anda con esas "palabritas". Bien, pues si no puede decirme el nombre de la estación de radio, por ser "secreto profesional", no me lo diga, aunque yo solito lo averiguaré. Pero dígame qué es lo que oyó.

— Pos en una de tantas pláticas de ésas, pos que una vieja le dijo al locutor pos que ella no veía con buenos ojos que los "mojados", así mismito los llamó, "mojados", pos que no debían permitírseles que cruzaran la frontera para entrar en "nuestro país", que ansina dijo, "nuestro país". ¿Cómo la ve, compadre Epifanio, cómo la ve?

— Pos esa "vieja", como usted la llama, esa "vieja" es una canija.

— Cuidado, compadrito, cuidado con esas palabras ofensivas,

— ¡Ahora sí que la fregamos! Usted las está diciendo a cada rato y yo quesque, pos quesque no las puedo decir.

— No se me acalore y sígale, por favor.

— Pos que esa señora no sabe lo que dice, y... es todo.

— ¿Y eso es todo lo que tiene que decir, compadre?

— Es todo lo que tengo que decirle a usted, porque si dijera todo lo que se me ocurre, pos..., como usted se lo imaginará, es mucho y muy feo.

— Pos, compadre, diga lo "mucho" y deje lo "feo".

— Pero es que no se pueden separar las dos cosas, es que van juntas, no se pueden separar.

— Pos ándele, dígalas juntas, que yo las sabré separar y lo sabré dispensar a usted.

— Gracias, compadrito, ya veo que usted es muy tolerante.

— ¿Tole... qué?

— "Tolerante", que es usted paciente y que le da chanza a la gente.

— Gracias, compadre. Déle gas, pues, compa, déle gas.

— Pos lo que dijo esa señora no me extraña. Ocurre con frecuencia, demasiada frecuencia. Pero, para comenzar le diré, compadre, que esa señora no tiene toda la culpa por decir lo que dijo. Ella nomás repitió lo que oyó. Para ponérselo más claro, permítame que le dé un ejemplo de lo que oyeron mis propios oídos, que, para el caso, es lo mismito a lo que usted oyó, compadre.

— Pos, déle gas ya, compadre, y no se me atore.

— Pos una vez estaba yo hablando con un ex-amigo mío y...

— Un momentito, compa, otra vez con sus palabritas. ¿Qué dice de un es... amigo?

— No, compadre, no. Dije un ex-amigo, uno que fue amigo, pero que ya no lo es.

— Y, ¿por qué ya no lo es, compadre?

- Metiche es usted, compadre. Pos, por menso lo mandé al c..., a freír muñuelos a otra parte.

— Ya ve, compa, no necesita decirme más. Déle gas, pues.

— Pos que ese ex-amigo mío, que fue al Armi y que hizo todo lo que le dijo el Tío Samuel que hiciera, incluso que matara prietos como nosotros allá en Vietnam, pos que me dijo que si él fuera aduanero o Migra que él mataría a más de uno de esos "ilegales". Que nosotros debíamos proteger a "nuestro país" contra dos clases de gentes: los "illegals" y los "commies", así mismo, contra los ilegales y los comunistas, en inglés lo dijo, y en ese orden.

— Pos, compa, ese bato me suena él mismo a comunista, a uno que no tiene madre.

—Eso y más, compadre Epiceno. Pos, como le iba diciendo, ese hombre, ex-amigo mío, y Raza para vergüenza de la misma Raza, dijo eso, que se parece mucho a lo que dijo esa dama a quien se refiere usted, compadre.

— Sígame, compa, sígame. Y, ¿usted no le dijo nada a ese bato mentado?

— Pos sí, ¿o es que se cree usted que me iba a quedar con el hocico, perdón, con la boca callada?

— ¿Qué le dijo usted, pues, compadre? Ándeque que ya no puedo más con la comezón que traigo aquí dentro.

— Yo no le dije nada, compadre, yo no le dije nada.

— ¿Usted no le dijo nada a ese desalmado?

— No, nomás le hice alguna pregunta.

— Pos aviéntesela, ¿o es que no se da cuenta que me estoy apretando el gazzate pa' no chillar de coraje?

— ¡Cálmese, compadre, cálmese que hay tiempo para todo! Pos, muy despacio, con calma y serenamente, le pregunté tres cosas. Nomás tres: "¿En dónde nació su padre?" Me respondió: "En México" "¿Y su madre?" "También en México", me contestó. "Y, ¿cómo le hicieron para cruzar la frontera?" Hubo un silencio, compadre, un silencio muy grande y muy largo.

— Me lo fregó, compadrito, me lo fregó merito.

— Pos no sé, compadre. A veces es muy difícil para alguna gente ver un burro a dos pasos.

La violencia (1)

Fue un domingo por la tarde. Don Epifanio había llegado a eso de las tres de la tarde. Se encontraba inquieto al ver que su amigo y compadre don Epiceno no había llegado a la hora acostumbrada. Trató de distraer un pensamiento que le acosaba. Paseó la vista por el parque y la fijó en unos niños que jugaban bajo la mirada tutelar de sus madres. Llegaron las cuatro y don Epiceno no aparecía por ninguna parte. Se levantó para dar un paseo por entre los árboles, con el cigarrillo prendido entre dos dedos de la mano derecha. A eso de las cuatro y media divisó, a lo lejos, la silueta de su compadre. Le salió al encuentro.

— Compadre Epiceno, me creí que se me había escapado el alma del cuerpo. Por Diosito santo le juro que me creí que iba a entregar el alma en mi último resuello. Dígame, ¿qué le pasó?

— ¡Ay, compadrito Epifanio! ¡Qué cosas nos trae la vida! A veces me afiguro que no valemos ni un sorbete. ¡Y usted me dice que creiba que se le iba a salir el alma del cuerpo! Pos míreme a mí nomás, compadrito. A mí se me quería salir por el gznate, o por los ojos, o que se me había caído a los pies. Pa' decirle la verdá, compadre, se me afigura que no las tengo todas conmigo. Me siento como si tuviera el mal del susto. ¿Usted cree, compadrito, que tendré el susto?

— Pos, compadre, si es que todavía no me dijo qué le pasó, ¿cómo voy a saber yo qué es lo que tiene? Cállese y dígame. Ya habían llegado los dos compadres a *su* banco del parque. Don Epifanio le cedió el puesto a don Epiceno. Este se sentó y sacó su pañuelo cuadriculado del bolso y, después de limpiarse las lágrimas, se sonó dejando salir un fuerte lamento por las fosas nasales.

— A ver, compadrito Epiceno, dígame lo que le pasó.

— Pos mire, compadre Epifanio, usted no lo va a creer, pero, ¿usted conoce a mi sobrino el Manny, el hijo de la Molly?

— Pos sí, aunque no muy bien.

— ¡Pos mire usted qué desgracia más desgraciada! Pos el Manny, quien se había divorciado un año atrás, ¿pos que no fue y mató a balazos a la Rosie, su vieja? Dizque vació su pistola en ella, que le tiró cinco balazos y que la dejó como una coladera, como a la Rosita Alvidrez del corrido. ¡Toda ella llena de agujeros, compadrito, toda agujereada!

— Pero, ¿y cómo pasó eso?

— Pos que dizque que la Rosie, pos que después de un año de separada, que se había encontrado a otro bato y pos que fueron al juez, y pos que se casaron y todo ese rejuego. Pos que ayer noche, cuando estaban celebrando las bodas en el "Coyote's Place", pos que apareció por allí el Manny muy enojado, echando lumbre por los ojos y que iba muy, pero muy enojado. Pos dizque se enfrentó al nuevo bato y que éste pos que le intimó que la Rosie era ya su "waifa", y que pos que ni tiempo le dio al bato pa' hacer sus averiguaciones y que el Manny pos que se dirigió a la Rosie

diciéndole cosa y media y que, como un rayo, se desfajó la pistola y que la descargó en la Rosie dándole en toda la torre delante de toda la palomía, compadre, delante de toda la plebe. Allí mismito la dejó sin alma. ¡Ay, compadrito, qué penas nos trae la vida! ¡De veras, compadrito, que la vida no vale nada!

Don Epifanio le echó el brazo sobre el hombro de su compadre para consolarlo. Don Epiceno, con su gran pañuelo coloreado, no hacía más que limpiarse los ojos y las narices y, en cada resoplido, soltaba un fuerte sollozo.

— Compadrito Epiceno, cálmese por el amor de Dios, que todo se arreglará.

— No, compa, no, estas cosas no tienen arreglo. La Rosie está muerta y el Manny colgará los tenis en la pinta como un perro rabioso. La Rosie, tan bien dada, compadre, una jefota de aquéllas, y el Manny, que había sido *champion* en la pelea, fuerte, con unos *muscles* ansina de grandototes, que me lo meten al bote pa' que todos esos *muscles* se los lleve la chin..., perdón, la tristeza. La vida no vale nada, compadre, no vale un sorbete.

— Dígame, compadrito, pero, ¿es que ya no estaban divorciados?

— Pos sí, compadre, eso sí, pero usted sabe muy bien que la Raza no se guía por esas leyes de aquí, de los bolillos. La Rosie, aunque se hubiera divorciado cien veces y se hubiera casado con cien batos, en los ojos del Manny y de otros muchos, sería siempre su vieja. ¡Usted sabe, compadre, cómo va la cosa!

Don Epifanio dejó que su compadre se desahogara un poco, porque estaba temblando y sin mucho aliento. Lo dejó que pensara un poco más sobre la tragedia de sus parientes y así, al mismo tiempo, que fuera organizando más ideas y sentimientos para continuar su monólogo al siguiente día.

La violencia (2)

— Pos sí, compadre Epiceno, yo creo que el juez ese mentado de la plática de ayer nunca le debió haber dado el divorcio a la Rosie y al Manny.

— Yo también soy del mismo parecer de usted, compadre Epifanio, yo soy del mismo parecer. Pa' mí que'l judge ése debe estar bien tapao. Si conociera a la Raza no le debiera dar divorcio al Manny y a la Rosie. ¡No, *Sir!*

— Tiene razón, compadre, tiene usted razón. Se me hace que nosotros o vivimos a nuestra manera o vivimos a la manera del gringo. No podemos vivir de las dos maneras a la vez.

— Compadrito, yo creo que ahí mero está el detalle.

— Yo creo que nuestros hombres no van a compartir nunca a sus rucas aunque cien jueces gringos juntos les den el divorcio a una de nuestras parejas. Así tan fuerte lo llevamos grabado en el alma, en el corazón y hasta en el cuerpo, compadre. Es muy difícil cambiar nuestras costumbres.

— No hace mucho, compadre Epiceno, que un conocido mío, muy cristiano y todo, cuando un día, después del trabajo, llegó a su casa, encontró a su esposa en la misma cama con otro camarada, toda liada en él. Sacó la pistola de un cajón, en donde la tenía escondida, y allí mismo, agarrándolos con las manos en la masa, como quien dice, descargó la pistola en ellos y me los dejó con el rabo tieso.

— ¿Ansina merito, compadre?

— En la misma acción. Pero lo curioso del caso, compadrito, es que él mismo llamó a la policía y confesó el crimen. Lo llevaron luego luego al bote y allí se estuvo quietecito hasta hoy día, durante los diez últimos años. Sin moverse, compadre, sin apelar el caso.

— Pos si se busca a un licenciado de esos bien... ching..., perdón, de esos meros meros, después de diez años, pos yo creo que lo dejarán salir, ¿que no?

— Pos sí, pero es que él confesó y sabe que él es culpable. Y esto, para los gringos, compadrito, pos es muy grave.

— ¿Que diga la verdad?

— No nomás que diga la verdad, sino que acepte la verdad.

— No entiendo, compadre, no entiendo yo eso. Está todo esto muy confuso.

— Pos yo sí entiendo parte. Entiendo las palabras, aunque no entiendo las razones de las palabras.

— Pos pa'l caso, compadrito, es lo mismo. Pero explíquese más, compadre, que a lo mejor hasta podemos ayudar al Manny.

Los dos compadres se iban metiendo, sin darse cuenta de ello, en los laberintos intrincados de las leyes y de su manejo. Se les iba haciendo difícil discernir entre la verdad y su correspondiente interpretación, entre la justicia y el castigo por una muerte, entre el amor a la familia y un acto punitivo. Lo veían todo desde su punto de vista.

— Como le iba diciendo, compadre Epiceno, entiendo las palabras, pero no puedo entender la distinción. Lo que le quiero decir con esto es que se me figura a mí que para la ley del gringo no es tan importante ni grave que el culpable, como su Manny, diga la verdad, sino el mero hecho de que la diga, que confiese el crimen. Es como cuando decimos que "el pez cae por abrir la boca y no por ser pez". En otras palabras, compadre Epiceno, caemos por bocones. Si usted no confiesa, pos puede cometer crímenes y, hasta muy posible, que pase la vida como cualquier buen ciudadano, y hasta como más "inocente" que usted y yo.

— ¡Eso, compadrito, es difícil de creer! Como yo veo las cosas, o usted hizo un crimen o no lo hizo. Y ya.

— Eso, compadre, es al estilo mexicano, pero ése que usted dice no es el estilo gringo.

— Pos, compadre, ahí no veo yo nada del "estilo" que usted mienta. Pa' mí, o es o no es, y no hay mitote que valga.

— Pos así debiera ser, pero no lo es, compadre Epiceno. Imagínese usted, compadre Epiceno, que fuera como usted dice. ¡Cuántos ricos y copetones no estuvieran ahorita mismo en la cárcel!

— Pos sí, ¿que no?

— Pos sí.

— ¿Y por qué no estarán?, me pregunto yo.

— Pos porque ellos, compadre Epiceno, son los que hacen y pasan las leyes, y nosotros, los pobres y la Raza, que no hicimos las leyes, pos nos vamos a la cárcel.

— Pos ahí está el detalle, compadre Epifanio, pos ahí creo yo que está el mero detalle, como decía Pedro Infante.

— No, compadrito, eso lo dijo Cantinflas, que no Pedro Infante! Ya no la friegue

— Pos que sea Cantinflas, pues, que pa'l caso lo mismo da... Compadre Epifanio, volviendo a platicar de lo del Manny, ¿usted cree que pudiera salir libre si dijera que mató a su vieja, la Rosie, porque le puso los cuernos?

— No, compadre Epiceno, ni se le ocurra esa locura.

— ¿Pero si es que, en realidá, ella le puso los cuernos con el otro bato, y antes de divorciarse, por lo que oí decir yo?

— Compadre, no sea simple. Si esa razón fuera válida, todo el mundo pediría divorcio. Eso no vale ante las maneras gringas.

— Por eso estamos como estamos.

"Nosotros los indios..." (1)

El barrio Las Pencas es un barrio como cualquier otro en el área. Hay de todo, como en la tienda de don Policarpo o en el restaurante de doña Eufemia. Capirotadas y combinaciones. Cada miembro del barrio combina los platos y las cosas como Dios les da a entender, o sus mañas y artes se lo permiten.

— Compadre Epiceno.

— Diga, compadre Epifanio.

— ¿Sabe usted en lo que estoy pensando?

— ¿Cómo lo voy a saber, compadre, si es que entoavía no me lo ha dicho?

— A veces se le ocurren a uno algunas cosas que parecen mensadas y, sin embargo, revelan mucho de lo que es una persona.

— Compadrito, compadrito, ya está usted otra vez con sus palabritas. Quesque "...velan". ¿A quién velan? ¿A un muerto o a quién?

— No, compadre Epiceno, dije que "revelan", que manifiestan, que muestran cosas interesantes sobre una persona.

— Pos entoavía me quedé como estaba. Lo mismito, pero siga con su teorizada.

— Pos perdone, compadre, que usted también se las avienta. Quesque yo "teoriquero". Seguiré, pues. Lo que le quería decir es que yo no comprendo cómo la gente dice cosas sin saber lo que dice.

— Pos será por menosos, creo yo, ¿que no?.

— Mire nomás. El otro día, compadre Epiceno, oí hablar a un grupo de jóvenes enfrente de una de las casas del barrio, no muy lejos de mi casita. Uno de ellos rasgaba la guitarra y otros bebían cerveza. Algunos tenían sus "*muscle shirts*" de color negro. A varios se les veían tatuajes en los brazos. También había alguna muchacha, mascando chicle, bebiendo heladitas y, una de ellas, tenía una greña que parecía un nido de arañas.

— Y usted, compa, ¿se escandalizó de eso?

— No, yo no voy a eso.

— ¿Entonces, compa?

— Es que en su plática, uno de ellos dijo: "*We the indians*", "Nosotros los indios..."

— Es que a lo mejor y sí es indio, compadre Epifanio.

— ¿Indio él, compadre? Más india era mi madre. Lo único de indio que tiene ése es la cara prieta y el pelo lacio, compadre Epiceno, eso es todo lo que tiene de indio.

— Y, ¿cómo lo sabe usted, compadrito?

— No se me haga el menso ahorita, compadre, no se me haga el menso.

Don Epifanio sacó del bolsillo izquierdo de la camisa un cigarrillo de los que le gustan a él, los Delicados mexicanos, y se lo colocó en los labios. Encendió el mechero y se lo acercó a la punta del blanco cilindro. Le dio una chupada, y dos ramalazos de humo salieron por sus fosas nasales. Se le serenó el pecho y continuó expresando su preocupación.

— Pos sí, compadrito Epiceno, quesque "nosotros los indios...". ¡Qué bonito suena eso! ¿que no?

— Pos sí, pero todo depende de qué hocic..., perdón, de qué boca salga, ¿que no, compadre?

— Por ahí va la cosa, compadrito, por ahí va la cosa.

— Entonces, ¿no se le figuraba a usted muy indio, compa?

— ¿Indio? Es que el pobre no sabía que nuestros indios no hablaban inglés, que no tenían carros *lowriders* flamantes, ni que eran adictos a drogas y...

— Continúe, compadre, y no se me atore ahí.

— ... y se me figura a mí que los únicos indios que ese joven vio en su vida fueron los que siempre se humillan y pierden en las películas de los *cowboys* contra John Wayne.

— Eso no puede ser, compadre Epifanio, esos indios que aparecen en las vistas son gringos tiznados. Pos algo de eso hay, compadrito, algo de eso hay.

— Explíquese, compadre, y no me ande con misterios.

— Pos que ese joven, aunque no lo tuvieran que tiznar, como a los gringos de las películas, piensa y habla como ellos, compadrito.

— Vendido, pues, ¿que no?

— Algo de eso hay, compadre Epiceno, algo o mucho de eso hay.

Don Epifanio le había dado una última bocanada a su cigarrillo. Lo tiró al suelo y, con el tacón del zapato, lo apagó. Empujó la bachicha con la punta del mismo, dejando asomar aquél la uña tornasol del dedo gordo del pie derecho. Atrajo el pie hacia sí y giró inquieto un poco sus partes

postreras sobre el banco. Don Epiceno, percatándose de la situación, le sugirió dejar la plática y continuarla al día siguiente.

"Nosotros los indios..." (2)

Don Epiceno tenía ganas de entrar en el tema que habían dejado inconcluso en su última cita. Sabía, por sus largos años de vida, que el caso de don Epifanio era uno de tantos que él había ahogado en su humilde pecho. En vista de que su compadre se había adentrado por senderos resbaladizos y escabrosos, se animó a compartir alguna de sus experiencias.

— Compadre Epifanio.

— Lo escucho, compadre Epiceno.

— No hace mucho tiempo que yo también oí una cosa parecida a la que usted le oyó a ese bato.

— Y, ¿qué cosa es ésa, y a quién se la oyó?

— Pos yo le oí a una vieja, vecina mía, que le decía a su hija *teenager*, "no te pongas mucho al sol, joni, pa' no ponerte prieta".

— ¿Eso le dijo a su hija esa vieja?

— Y eso no es todo, compadre, eso no fue todo.

— Pos diga qué más le dijo.

— Pos luego luego le añadió, "porque, si te pones prieta, tu amigo el Ronny no te va a querer, por mirarte como india".

— Le aseguro, compadre Epiceno, que esa señora, vecina suya, es más prieta que lo que fue mi madre, y que se va a Nogales todos los meses a comprarle a su hija loción de caguama para que se la unte todos los días.

— ¿De caguama o de leche de chiva, compadre?

— Puede ser que también de chiva, compadre Epiceno, todo puede ser.

Don Epiceno sacó de su bolsillo derecho un paquetito de garrapiñados. Le ofreció a don Epifanio, y éste, con un ligero ademán de la mano derecha, le indicó que no. Don Epiceno, haciendo un hueco con la palma de la mano izquierda, se echó unos cuantos. Con los dedos pulgar e índice de la derecha cogió uno y se lo llevó a la boca. Al gozo sibarítico le acompañaba un crujir melodiosamente rítmico.

— Dígame, compadre Epifanio, y el bato ése del que hablaba usted, que decía "es que nosotros los indios...", ¿se sentía de verdad indio?

— Compadre Epiceo, esa misma curiosidá me picó a mí. Y, para satisfacerla, me acerqué al grupo y les pregunté a todos: "¿ustedes son indios?"

— ¡Ah, chihuahua, compadre! ¿Ansina nomás, se acercó y les preguntó?

— Así nomás.

— Y, ¿qué le contestaron?

— Pos nomás se me quedaron mirando con unos ojos tamaño así.

— Y usted, ¿qué hizo?

— Yo les volví a preguntar después que si es que habían vivido en el Valle del Yaqui o que si en una Reservación de las muchas que hay por todo el estado de Arizona, y qué otra lengua hablaban, además del inglés.

— ¡Ay, chihuahua, compadre! Y, ¿qué le contestaron?

— Me miraron con ojos pelones, compadre, y con caras muy raras.

— Me les dio merito en la torre, compadre, meritito en la jefa.

— No sé en donde les di, compadre Epiceno, pero creo que no les quedaron ganas de periquear más tonterías.

— Compadre Epifanio.

— Diga usted, compadre Epiceno.

— Yo me pregunto que ¿cómo pueden sentirse indios si es que ni siquiera muchos de ellos se sienten mexicanos?

— Muy cierto, compadrito, muy cierto. También yo me lo pregunto. Y con frecuencia.

Don Epiceno ya se había terminado su pequeño cucurucho de garrapiñados y se disponía a recorrer la dentadura con la punta de la lengua, cuando se le ocurrió volver al tema de su vecina.

— ¿Por qué, compadre Epifanio, por qué las viejas les dicen a sus hijas que no se pongan al sol para no volverse prietas si es que ya lo están, y, por otro lado, por qué las gringas se tiran como lagartas al sol en esas garritas que apenas si se miran, pa' ponerse prietas y nunca lo logran?

— Ahí mero está el detalle, compadre Epiceno, ahí mero está el detalle. Las nuestras quieren ser como las gringas y las gringas quieren ser como las nuestras, pero, compadrito, por diferentes razones. Y ahí está otro detalle, más grande que el primero.

— Explíquese, compadre Epifanio, explíquese.

— No, compadrito, hoy no. Quizás otro día, porque ya se está poniendo el sol y oscureciendo, y la sangre, como usted sabe, ya no está tan liviana como cuando éramos jóvenes. Otro día será.

— Pos no se me olvide de la promesa, compadre, porque usted es muy abusao pa' empicarme y después en veces se me raja y no quiere continuar cuando la cosa se pone mejor.

— Se lo prometo.

— Gracias, compadrito, gracias. Es usted un camarada a toda eme.

"Nosotros los indios..." (3)

La ventana de la recámara de don Epiceno no dejó de parpadear toda la noche. Cualquier vecino de la calle Molina hubiera pensado que don Epiceno padecía de insomnio o que tenía miedo de que entrara alguna lechuza a su casa. El hecho es que la luz quedó prendida toda la noche.

— Ayer noche, compadre Epifanio, estuve dándole vueltas en la cabeza a su caso y a mi caso y no le encontraba sentido.

— ¿A qué casos se refiere usted, compadre Epiceno?

— Pos a los de la vieja ruca que no quería que su hija se pusiera al sol, y al de su *lowrider* indio, ¿qué otros?

— Pos a mí, compadre, a mí no me quitaron el sueño, porque es tan común esto y lo oí tantas veces que ya no me sorprende.

— Porque usted siempre anda pensando en esas cosas y yo, pos pa' decirle la verdad, pos yo... tengo que... pensar en otras cosas.

— ¡Ay que compadrito tengo yo tan vacilador! Se me hace que usted quiere tirarme de la lengua, ¿que no, compadre?

— Pos también eso es verdad, pa' qué negarlo.

— Pos mire, compadre, y escúcheme atentamente, porque no se lo voy a repetir nunca más.

— Pos pondré mientes en lo que usted diga, como lo hago siempre....

— Pos, compadre Epiceno, la cosa es simple.

Don Epifanio dejó de hablar por un momento. Metió la mano derecha en el bolsillo de su saco y extrajo una cerveza tecate en bote. Se la entregó a don Epiceno, que la recibió con unos ojos vivarachos y agradecidos. Después metió la mano izquierda en su bolsillo correspondiente y sacó otra tecate. Tirando del anillito metálico, hicieron saltar las tapas con un ruido seco. El primer trago les hizo humedecer las glándulas lacrimógenas.

— Compadre Epifanio, yo me pregunto si los mexicanos que hicieron esta cerveza la tatemaron al sol pa' que se pusiera prieta.

— ¿Por qué pregunta eso, compadre Epiceno?

— Porque no creo que una birria blanca estuviera tan sabrosa como esta prieta.

— Se me está volviendo usted muy astuto, compadrito Epiceno.

— ¡Otra vez con sus palabritas, compadre, ya no la friega! ¡Quesque me estoy volviendo un "susto"!

— No "susto", compadre, sino "astuto", pillo, pícaro, travieso, malcriado.

— ¡Ah, eso sí! Lo otro no, compadre, lo otro de ninguna manera. Pero sígale y hábleme de lo de endenantes, de lo de su *lowrider* y de mi vieja agringada.

— Aunque la señora de que me hablaba no quería que su hija se pusiera prieta y que las gringas se tienden al sol, como lagartos en primavera, para ponerse prietas, son dos casos muy diferentes. La chicanita, en el fondo, sí quisiera ser gringa. Pero la gringa, en el fondo, no quisiera ser chicana, nomás en la superficie, en la piel. Para la chicanita es cosa del alma, para la gringa es cosa de moda. Y esta diferencia es muy importante y muy grave.

— ¿Por qué "grave", compadre?

— Porque la gringa sabe muy bien quién es y no quiere dejar de ser lo que es, mientras que la chicanita, por lo común, no sabe quién es, y quiere ser gringa creyendo saber qué es ser gringo.

— Esto, compadrito, se me hace un poco confuso. Hábleme como se le habla a la gente, por favor, que no con palabras rasuradas. Además, no me ha dicho nada de su *lowrider*.

— Ese es otro asunto, compadrito, ese es otro asunto.

— Le voy a hacer una pregunta, compadre Epiceno.

— Diga usted, compadre Epifanio.

— ¿Por qué la chicanita ésa quiere ser gringa y el chicano *lowrider* quiere ser indio, cuando, siendo los dos chicanos, ninguno de los dos son lo que quieren ser?

— Pos, compadre, pa' decirle la verdá, me agarró usted desprevenido. La mera pelona verdá, no estaba yo preparado pa' esta pregunta, pero se me hace que, si eso es cierto, como usted dice que es, pos que los dos están soñando.

— Ese hecho, compadre Epiceno, ese hecho es más grave que el sueño a que usted aludió, mucho más grave. El que sueña, sueña en tener algo que no tiene, pero no quiere dejar de ser lo que es. Esto lo hacemos todos. Pero el que quiere ser otra cosa de la que es, es porque no está satisfecho con lo que es, o porque no sabe lo que es, o, lo que es peor, se avergüenza de ser lo que es.

— Pos, compadrito Epifanio, como le he dicho otras veces, entiendo las palabras, pero se me hace un poco confuso todo esto. Quizás sea porque no tengo mucha escuela, quizás ahí esté el detalle.

— No creo que por eso sea, porque fíjese nomás en esa chicanita y en el *lowrider* mentado, que estoy seguro que tienen más escuela que usted y, sin embargo, están más confundidos. Quizás sea porque precisamente tienen más escuela que usted. Quizás ahí está el detalle.

Los dos compadres ya habían terminado sus cervezas. Don Epiceno, apretando el bote, lo hizo crujir entre sus manos. A don Epifanio le servía el suyo de cenicero. Caminando hacia la calle Molina vieron a una joven pareja escondida detrás de un ramaje de arbustos. Una mano blanca y varonil circundaba una faz tatemada por milenios desérticos.

El ser chicano (1)

En el viejo Salón Cultural de la Raza, cercano al Parque San Lázaro, se había congregado un sinnúmero de hispanos. Venían de muchos lugares y se dedicaban a toda clase de ocupaciones y profesiones. Era el 12 de octubre, Día de la Raza, que había caído ese año en sábado. Ya por la tarde comenzaban a llegar las gentes. Una gran variedad. Variedad de caras, de colores, de edades y... hasta de sexos. Había comida, cerveza, música, baile y muchas más amenidades. No podían faltar a esta ocasión nuestros dos compadres.

— Compadre Epifanio, ¡qué bola de Raza había ayer noche en el Salón! Me acuerdo de cuando yo era un chamaco.

— Sí, compadre Epiceno, esos eran los tiempos, cuando había Raza en los barrios, pero ahora... se han ido para el norte y para otros lugares. Nos han dejado solos...

— Pos se miraba todo muy chulo.

— Ahora nomás vienen al barrio una o dos veces al año dizque para "encontrar sus raíces"...

— Se miraba todo muy animado.

— Como los hijos pródigos que vuelven al barrio a buscar calor...

— Se miraba todo muy Raza.

— Quesque son muy chicanos y no se quieren desprender de su cultura...

— ¡Qué catachún tan a toda eme!

— Y que la sangre llama...

— ¡Qué vacilón!

— Quesque se siente uno más Raza...

— ¡Y, al rato, todos se descontaron...!

— Y quesque hay que "llenar el tanque", porque éste es el único lugar en donde se puede gritar "¡Viva México!" y "¡Chicano Power!"

— Y ya nos quedamos solos otra vez...

— ¡Una vez al año...!

La reminiscencia del día anterior se esfumó pronto. Había sido como un choque eléctrico. Como un vendaval que zarandea las hojas otoñales de los árboles envejecidos y cansados. De esos árboles que, poco a poco, dejan caer la savia por las arterias hasta el nivel de la tierra para hundirse lentamente en los subterráneos de las raíces arrugadas y escarapeladas.

— ¿Se ha fijado, compadre Epiceno, en todo lo que pasó?

— No me perdí nadita, compadre Epifanio, nadita me perdí.

— ¿Escuchó a los que hablaron, compadre?

— Sí, también los oí.

— ¿Y se acuerda de lo que dijeron?

— Pos pa' decirle la verdá, yo puse mientes en la música y en la gente.

— Pero, ¿no escuchó a los politiquillos ésos, compadre?

— Sí, los oí que platicaban en totacha.

— ¿En... qué, compadre Epiceno?

— En totach..., perdón, en inglés y... que no me interesaron, si es lo que quiere saber usted, compadre Epifanio.

— Y, ¿por qué no les interesó, compadre?

— ¡Qué pesao se está poniendo usted, compadrito! No los escuché porque no quería escucharlos, y ya. Son unos mitoteros que ya no saben español ni cosa que se le parezca. Y por eso, compadre, me fui a lo de la música y a lo de las enchiladas. Eso sí que no es mitote, pa' que vea usted, compadre, eso sí que no es mitote.

— No me diga, compadre Epiceno, que no escuchó los discursos de nuestros líderes y el diálogo que hubo después entre ellos y el público.

— Sí, compadre, sí escuché y sí paré la oreja en ese relajó y en esa confusión que había. Y, si quiere que le diga más, también miré que unos discutían quesque eran mexicanos, otros quesque eran chicanos, otros quesque pachucos, otros quesque cholos, otros quesque pochos, otros quesque *lowriders*, otros quesque Hispanic y otros quesque Mexican Americans, y qué sé yo qué chorro de cosas más.

— Pos oyó bien, compadre Epiceno, oyó bien.

— ¿Acaso se cree usted, compadre Epifanio, que yo tenía los oídos tapanos y los ojos cerraos? Yo cuando era más joven me harté de esas cosas. Ahora me gusta más la música y la comida y,

cuando se me presenta la ocasión, pos me gusta entoavía tirar chancla. Lo demás es puro argüende, compadrito, puro mitote.

— Para esas cosas también vienen ellos, ¿que no?

— No, compadre Epifanio, ellos vienen a periquear y usted lo sabe mejor que yo. Yo voy a lo que voy, a lo nuestro, y ya. Ellos vienen a nuestro barrio, pero para conseguir lo suyo, que no es lo mismo.

— Y, ¿qué es lo "suyo", compadre Epiceno?

— Oiga, compadre Epifanio, ¿usted me está vacilando o qué?

— No, compadre, no. Lo estoy examinando.

— ¿Me está qué...?

— Examinando..., confesando, pues.

— ¡Ah, bueno! Ansina sí. Pero, ¿por qué quiere confesarme, compadre?

— Pos para saber si usted es mexicano, chicano, pocho o Hispanic.

— ¡Qué chistoso, compadre Epifanio, qué chistoso es usted! Quesque chicano, mexicano, Hispanic. Hasta se me afigura que usted se puso muy "cute". Nomás faltaba que me exam..., que me confesara pa' ver si resulté ser gringo. ¡Qué "cute" es usted, compadre, qué chistoso!

El ser chicano (2)

Los dos compadres no habían podido terminar el diálogo comenzado el día anterior sobre aquel evento tan singular en que una muchedumbre de hispanos se había reunido en el Salón de la Raza, situado en el corazón de los barrios. Habían pasado ya dos soles y todavía tenían fresco el evento.

— Pos sí, compadre Epiceno, había mucha gente en el barrio el otro día. De todas clases, como para escoger a gusto.

— Sí, compadre Epifanio, usted lo ha dicho bien, "como pa' escoger a gusto".

— Y así es. Porque, si no fuera por la comida y la música, habría poco de común entre tanta gente tan distinta.

— Quesque ayer, compadrito, usted me quería vacilar, y dio la casualidad de que yo era el que lo estaba vacilando a usted. En realidad, yo también me pregunto lo mismo que usted. Se me hace que si no fuera por la música y por la comida, pos que no hubiera tanto gentío.

— Pos sí, así parece la cosa. En lo único que estamos de acuerdo es que las enchiladas son mexicanas, los tacos son mexicanos, el menudo es mexicano y que los bailes norteros son mexicanos. Por lo demás...

— Pos sí, compadre Epifanio, lo demás... ¡quién sabe!

— Compadre Epiceno, los líderes nuestros que subieron alto, ya no nos quieren, los jóvenes se creen que nosotros no sabemos nada, las chamacas ya no quieren trabajar en la casa ni hacer tortillas, ni nada de lo que sus madres sabían hacer. Dicen que están "*liberated*".

— Es que todo ha cambiado tanto y tan rápido.

— Los viejos nos acabamos, y ya merito nos vamos sin ver que nuestros jóvenes continúen con nuestras costumbres. Se inclinan más a todo lo que sea gringo que a lo nuestro. Y uno se pregunta que para qué les enseñamos nada. Al fin y al cabo hemos perdido el tiempo.

— Lo que usted dice, compadre Epifanio, es muy cierto, pero no se me ponga tan triste que, al fin y al cabo, ya no podemos hacer mucho. Hicimos lo que estaba de nuestra mano, y ya. Mire nomás a mi Chuy, a mi Johnny y a mis dos hijas. Todos desparramados y ni se acuerdan de uno. Pero espero que siempre les quedará algo de lo que mi dijunta Josie y yo les enseñamos. Y eso Diosito santo lo sabe muy bien.

— Yo me pregunto, compadre Epiceno, que en qué consiste ser Raza. Uno dice que "yo soy chicano", porque nació en el barrio y porque lleva el sobrenombre de García y porque es prieto. Pero ya no sabe español, ni va a la iglesia los domingos, ni escucha la radio mexicana, ni nada de nada. Otro que habla español muy bien y que es católico, va a los restaurantes mexicanos, tiene

una estampa de la Virgen de Guadalupe en el cristal trasero del carro, pero que dice que "seamos americanos", que hay que defender a este país, y echa madres contra Castro, pos dice que "yo no soy chicano, yo soy americano". Otro que llegó ayer de México, que no sabe nada de inglés, que se casó con una mexicana y que nunca come en McDonalds, porque esa "mugre", como la llama él, no es mexicana, dice que "yo soy chicano". Un gringo que trabaja en el barrio de "*social worker*", que apenas habla español, y que apadrinó a un chorro de buquis, dice "yo sentirme ya chicano". ¿Cómo la ve usted, compadrito, quién los entiende?

— Compadre Epifanio, está muy pelona la cosa. Muy pelona. Yo nomás sé una cosa, y es que a todos esos que usted mentó, les gusta la música mexicana y las enchiladas con queso. De ahí pa' delante, pos ya está pelona la cosa. ¿No cree usted, compadrito?

— Pos sí, pero es que eso, compadre Epiceno, eso sólo no basta. Porque deténgase usted a pensar un poco nomás y verá que, porque a un gringo del norte le gusten las enchiladas con queso mexicano, eso nomás no lo hace chicano. Y a uno de los nuestros, porque hable inglés bien y le guste la música *rock* y las hamburguesas McDonalds, tampoco eso lo hace gringo.

— Compadre Epifanio, está usted en lo cierto. Y pa'l caso también que un pringao de los nuestros se vaya a vivir al Camello y quiera hacerse gringo pos... ¡pa' cuándo!

— Lo más curioso, compadre Epiceno, es lo que oí el otro día cuando vino tanta Raza al barrio.

— Y, ¿qué fue eso, compadre?

— Pos que uno hizo como la zorra. Mismamente como la zorra.

— Y, ¿cómo va eso, compadrito?

— Pos que dijo que él no era ni chicano, ni mexicano, ni indio, ni *Hispanic*, ni gringo, ni nada de esos mitotes... Que él era nomás "*a human*", "*a person*".

— ¿Qué quiso decir él con eso, compadre?

— Pos que él no era animal, creo yo.

— ¡Ah, fregao!

— Y quizás, compadre Epiceno, quizás, al decir eso, haya sido el más sensato de todos.

— ¿El más qué..., compadrito?

— El más sensato, el más... cuerdo, el más... gente.

— ¡El más abusao, compadrito Epifanio, el más trucha!

— Pos sí, ¿que no?

— Pos... ¡quién sabe!

El asilo para ancianos

Este día don Epifanio se retrasó y resultó llegando un poco tarde a la cita acostumbrada. Venía cabizbajo y su andar mostraba una cierta desgana. Arrastraba un tanto sus zapatos remendados. Era otoño y su saco se meneaba como para esquivar la fresca brisa. Don Epiceno lo esperaba ansiosamente en *su* banco. Debajo de él, había colocado una bolsita con dos cervezas. Se saludaron rutinariamente.

— Compadre Epiceno.

— Diga, compadre Epifanio.

— Como le decía en otra ocasión, ya todos se van para el norte de la ciudad, y los barrios se están quedando vacíos de Raza y nosotros nos estamos quedando solos.

— También eso lo he visto ya. Y yo me pregunto que qué será de nosotros cuando estemos más viejos.

— Pos yo ya sé. Viejo estoy. No tengo a nadie. Mi vieja me dejó hace muchos años por un *oqui* cualquiera, como ya le intimé varias veces. No tuve tiempo de dejar simiente ni de cuajar ni siquiera un chamaco. Como ve, me encuentro solito.

— Pos yo, compadrito, pa'l caso estoy lo mismo. M'hijo el Johnny, como ya le indiqué, pos que entoavía anda por la Clark Air Base, en las Filipinas. Ni se acuerda de mí. Hasta creo que le doy vergüenza. El Chuy, pos por ahí anda, quesque por Califas. Se arranó con una ruca de ésas, medio pocha o pachuca, que pa'l caso es lo mismo. Qesque tienen dos o tres buquis. Nunca me los traen. Yo, pa' decirle la verdá, nunca los he visto, a no ser en una *picture* que me enviaron hace tiempo, y que guardo siempre en mi billetera. Mírela, pa' que la vea y no crea que le miento. Los chamacos están chulos. Pero m'hijo, pos un greñudo de esos que abundan por ahí. La Esther se casó con un chicano del Armi y quesque está en Alemania. Me escribe de vez en cuando, pero no con muchas ganas. Y la Hilda, compadre, pos una vergüenza pa' la familia. La gente dizque anda por ahí de piruja. A esa soy yo el que no la quiero ver. Estuvo en la pinta de las mujeres varias veces ya. Esa se torció luego luego que petateó mi Josie, que Dios la tenga en su gloria. Ya de niña tenía malas inclinaciones y ni la muerte de su madre le pudo. Ansina que ya ve. Más o menos estoy como usted. Y yo diría que peor, porque me voy quedando solo en medio de tanta ingratitud. Usted, por lo menos, no tiene que acostumbrarse a esta ingratitud. Porque, pa' decirle la verdá, compadrito, este es un pecado muy feo, que mata al más fuerte. Nos quedamos solos, compadre, solos nos quedamos.

— Y, después, que hay algunos que todavía insisten que si la familia mexicana está siempre unida, que si los platos que cocina mi abuelita son los mejores de todo el barrio, que si la familia chicana se reúne para todas las fiestas, y que los hijos, aunque estén muy lejos, que se vienen en sus carcanchas desde Los Angeles o desde San Antonio, y cosas semejantes. Puro mitote, compadre Epiceno, puro mitote. Los viejos nos quedamos solos, solitos, solos.

— Aunque no quisiera estar de acuerdo con usted, compadre, tengo que estarlo, porque lo veo y lo siento en mi familia. Solos nos quedamos.

Los dos compadres guardaron silencio por un momento. Al rato echaron mano de sus cervezas, que esta vez había proveído don Epiceno, y, lentamente, las fueron saboreando. Lanzaron un vistazo por el parque y lo encontraron desierto. Era por el otoño, y las hojas de los desmedrados árboles comenzaban a adquirir un tono amarillento y demacrado.

— Compadrito Epiceno.

— Dígame, compadre Epifanio.

— ¿Tiene usted idea de lo que va a hacer cuando ya no pueda usted cocinar ni pueda caminar?

— Pos ya he pensado en esas cosas, y la verdá que no lo veo muy claro. Mis hijos no me recibirán en sus casas, porque les estorbaría, además de que yo no quiero arrimarme a gente malagradecida. De modo que no sé qué decirle, compadrito. ¿Y usted?

— Pos yo lo he pensado mucho, pero tampoco le encuentro solución. Supongo que me tendrán que llevar a uno de esos centros para viejos. Pero, para serle sincero, quisiera morirme antes de que eso ocurra. Yo no quiero ser peso para nadie. No lo fui de joven, y menos quiero serlo ahora de viejo.

— ¿Usted ha pensado, compadre Epifanio, que a lo mejor nos toca de estar a los dos juntos en una de esas casas pa' viejos?

— No, no lo he pensado, pero ¡qué bueno sería para poder continuar con nuestras pláticas! Pero, compadre, ¿usted sabe de alguno de esos centros pa' la Raza?

— De ninguno. Tendremos que ir a ca los gringos.

— Sí, compadre Epiceno, pero, ¿y si no nos quieren por estar prietos?

— Tiene usted razón, compadrito, tiene usted razón, porque a lo mejor y no nos quieren con ellos. ¿Y si nos vamos pa' México, compadre Epifanio? ¿No cree que allí la gente nos entendería y cuidaría mejor?

— ¡Cállese la boca, compadre, ni lo piense! ¿Usted cree que allá nos van a querer ya de viejos? Además yo ya no tengo familia ni parientes. Todos o casi todos se han muerto.

— Pos los pocos que yo tenía, ni los reconocería hoy, ni sé si viven.

— ¡Quesque la familia mexicana es tan unida! ¡Fuchi, compadre Epiceno, eso jiede!

Don Epiceno no quiso continuar el diálogo, porque veía que en su compadre había un momento de depresión y sabía que, ante una realidad tan cercana, no podría animarlo con falsas

esperanzas. Era muy cierto que su compadre Epifanio se encontraba solo en la vida y muy desmejorado. Mientras meditaban, otra hoja amarilla se desprendía banbaleándose para caer en el zacate agonizante.

La ausencia

Era una tarde borrascosa. Las nubes volaban bajas, como rebaños merinos desorientados bajo la mirada del ojo hipnotizador del lobo avizor. La gente andaba desperdigada por las calles polvorientas del barrio. Faldas y sombreros zarandeados por el viento arremolinado, que se escabullía por las grietas quejumbrosas de las puertas desportilladas, huérfanas de barniz.

De vez en cuando asomaba un relámpago por entre las multicoloras cortinas de polvo flotando por el horizonte, acompañado de algún trueno seco y sordo, como el de los tambores de cuero de borrego en danzas aborígenes de návajos y pápagos. El ojo pestañeador de una ambulancia venía silbando como perro embrujado ante la epifanía de una luna llena y nimbada de dolor.

El anciano don Epiceno se paseaba inquieto por el parque esperando a su compadre para la cita de la tarde. Era de costumbre. Con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, levantaba y bajaba la cabeza, continuamente mirando hacia la calle Molina, para ver si por lo menos aparecía la sombra de su compadre don Epifanio. Se detuvo una vez al divisar una silueta en la esquina de la calle. Se esfumó la visión entre la ventolera.

— ¡Chingao! ¿Qué se habrá hecho de mi compadre Epifanio?

El sombrero parduzco de don Epiceno se desprendió de la cabeza con fuerza, volando como un nido de zopilotes, para ir a parar desgarrado entre las ramas secas de un viejo moral.

— ¡Chingao viento! ¡Ya me chingates el sombrero que me mercó mi dijunta Josie pa'l día de los Valentines!

Un rayo encorajinado se soltó como una lombriz preñada y caleidoscópica por los cielos grisáceos y mucosos de esa tarde bochornosa. Don Epiceno decidió sentarse en *su* acostumbrado banco. Acurrucado como un gallo capón, envuelto en un plumaje fruncido, del viejo don Epiceno se apoderó un profundo sopor.

(¡Qué le habrá pasado a mi compadrito! Seguro que sabía que tenía que venir al parque. Mismamente ayer quedamos en juntarnos aquí. A lo mejor y se olvidó. N'hombre, mi compadre Epifanio sabe mucho. No podía olvidarse. ¿Le habrá pasado algo? N'hombre, mi compadre es macizo, mismamente como un palo. Viejo sí, pero macizo. A lo mejor le cayó un rayo. N'hombre, los rayos no caen aquí, en el barrio. Y menos en el chante de mi compadre, que está hecho de tablas viejas, de cartón y de palos. Los rayos caen en las casas de los ricos, que dizque tienen mucha electricidad. Pero no en el chante de mi compadre, que pa'l caso es como el mío. Antier me dijo que tenía riúmas, que le dolía el costado. Pero eso ya viene de lejos, y le pasa como a todos los viejos. Eso creo yo. Mi compadre es viejo, pero eso sí, macizo como un carrizo. De eso estoy seguro yo. Seguro como que me llamo Epiceno Lozano. Sí, señor. ¿Le habrá dado un torzón? N'hombre, mi compadrito, viejo como está y todo, no se raja. Es como los meros meros de Jalisco, puro macho. Sí, señor. ¿Y si le pegó un mal raro? Porque el otro día, no sé

cuando, me dijo que le había pegado un dolor muy fuerte en el brazo izquierdo. Pero eso son riúmas de viejos, ¿que no? Pos... eso debe de ser. A lo mejor le bajó el dolor a las piernas y no puede caminar. A lo mejor... Mejor voy a ver, que a lo mejor se olvidó).

Don Epiceno se levantó del banco y, como una madeja gigante de algodón grisáceo, fue arrastrándose por entre los árboles, cuyas copas enmelenadas eran sacudidas y zarandeadas por el turbulento viento. Llegó a la calle Molina. La recorrió hasta el final, espantando a algún perro y gato desperdigados y entretenidos en sus íntimos comadreos. Un gato, sentado en el encuadre de una ventana sin cristales, se espeluznó y le lanzó dos rayos por sus ojos endiablados. Ya en el escampado, se aproximó a una casucha rodeada de maleza que se hallaba en un solar vacío.

Llamó a la puerta, y no contestó nadie. El viento soplaba. Llamó de nuevo, y nada. El viento arreciaba. De un empujón se abrió de par en par la puerta. Se asomó por la única ventana una luz blanquecina y tibia. Atisbó varios bultos. Prendió la única bombilla que colgaba del cielo raso carcomido por la polilla. Recorrió los pocos inmuebles que albergaban la casucha. Entre unas cobijas amontonadas, distinguió un bulto. Lo destapó, y se encontró con su compadre dormido. Le tocó el brazo y no se movió. Tenía la frente fría.

Unos botes vacíos de tecate y media docena de colillas de “cigarrillos delicados” se hallaban esparcidos por el suelo.

.....

El viento maullaba y jugaba con la aureola de una luna llena envuelta en copos de lana, atisbando un rebaño de ovejas despistadas.